

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 584.

SUMARIO.

Sucesos de Alemania; grabado. — Apuntes para escribir la historia de la literatura española en los siglos

XVIII y XIX. — La mar. — El Domingo de Ramos; grabado. — Accion de caballería al frente de Kolding; grabado. — Revista de Paris. — Las mujeres de nuestro siglo. — Los hermanos Schlagintweit y su viaje á la India; grabados. — Paris y Londres en 1793. — Carreras

de caballos de aldeanos en Schleithal; grabado. — Ejército austriaco; grabado. — Ejército federal; grabados. — El corredor de playa. — Primeras carreras de la Marche en 1844; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — M. Pietri; grabado.



Las tropas prusianas penetrando en el territorio de Oldenburgo.

Sucesos de Alemania.

Las tropas prusianas acaban de entrar en el territorio de Oldenburgo con desprecio de todos los tratados: nuestro dibujo demuestra el modo brutal con que se ha consumado este hecho. Cuando penetró la reserva prusiana en el interior y en las cercanías de Lubeck, una parte de la reserva se envió al territorio oldenburgense de Schwartau, y en vista de esto el gobierno previno al general prusiano Cantern que protestaba contra el paso de sus tropas. A pesar de este aviso, el general envió a Cuties y a las aldeas inmediatas caballería, infantería y artillería. Entonces mandaron cerrar las barreras de los caminos en la frontera de Lubeck, y los sargentos prusianos que iban a la cabeza, hallando las barreras cerradas, se volvieron despues de oír al empleado que les negaba el paso. Pero hé aquí que al caer la noche llegaron algunas compañías prusianas, los zapadores rompieron las barreras, y el principado se invadió a viva fuerza. Tal es el asunto de nuestro primer dibujo, y tambien publicamos otro que representa la accion de caballería dada cerca de Kolding, y que precedió a la toma de esta ciudad por las tropas austro-prusianas.

D. S.

Apuntes para escribir la Historia

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX.

OBRAS POÉTICAS Y LITERARIAS

DE DON JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO. (1)

Artículo primero.

¡Cuántos ingenios privilegiados ha producido esa

Virgen del mundo, América inocente!

¡cuántos! ¡cuántos! — El inmortal autor de *la Verdad sospechosa* y de *las Paredes oyen*, era mejicano; don Ventura de la Vega es de Buenos Aires; don José Maria de Heredia vió la luz del día en Santiago de Cuba; uno de los discípulos mas justamente queridos del sabio Lista, don Felipe Pardo, es natural del Perú; la señora Avellaneda nació en Puerto Principe; de Venezuela era el malogrado poeta y distinguido literato don Rafael María Baralt; en Venezuela ha nacido el sabio filólogo don Andrés Bello, autor de una *Gramática de la lengua española*, que debe considerarse como el trabajo mas perfecto que se ha llevado a cabo en este género; venezolano es el inspirado poeta don Abigail Lozano, de quien conozco solamente algunas composiciones, pero todas de relevante mérito; venezolano es tambien el señor don José Antonio Mañin; nació, por último, en la república venezolana el señor García de Quevedo, cuyas obras poéticas y literarias me propongo examinar en el presente artículo. — Diré para concluir con la enumeración de los principales vates americanos, que esa verdadera *tierra de promision* puede vanagloriarse de haber producido poetas tan distinguidos como los ya citados, y los señores Arboleda, Matta, Blest Gana, Marmol, Sanchez de Tagle, Valdez, Caro, Fernandez Madrid, Olmedo, Balcarce, Echevarria y otros muchos que no cito aquí, porque me seria imposible hacerlo sin traspasar los justos límites de un artículo. De algunos de estos distinguidos poetas teniamos noticia hace tiempo, pero de otros nada sabriamos si no fuera por la importante y utilísima obra de otro jóven americano, el señor Torres Caicedo, que ha tenido la felicísima idea de dar a conocer en Europa los principales escritos de los mas sobresalientes ingenios americanos. La obra del señor Torres Caicedo (2) es, además de una interesantísima antología americana, un modelo de critica literaria y de buen lenguaje.

¿Y qué tiene de extraño que la privilegiada América haya contado siempre en su seno con hijos tan ilustres en el campo de las letras, si aquella tierra, por lo que nos dicen todos, es un verdadero paraíso terrenal? Véase si no la siguiente descripción que nos hace de ella el señor García de Quevedo:

« Verde, feraz América, region encantadora
Que del eden perdido recuerdas la quietud;
Del universo oasis donde la dicha mora
En campos revestidos de eterna juventud:
¡Oh mundo, en un deliquio del Sumo amor creado,
Encarnacion sublime de un sueño encantador!
.....
Tus rápidas corrientes que en lípidos raudales
Arrastran mares dulces hasta el salado mar;
Tus fértiles campiñas, tus montes colosales
Que ocultan en las nubes su frente secular;
Tus cúspides inmensas, tus lóbregos abismos
Do brotan fuego y agua con hórrido fragor,

(1) Dos volúmenes en 8º, con un retrato del autor. — Paris, en la librería europea de Dramard-Baudry, calle Bonaparte, 12: 1863.

(2) *Ensayos biográficos y de critica literaria sobre los principales poetas y literatos latino-americanos*. — Dos volúmenes en 8º. — Paris, librería de Guillaumin, calle de Richelieu, 14: 1863.

Titánicos abortos de horrendos cataclismos

Que enviaron a tu seno las iras del Señor;

.....
Todo es en tí gigante. — La mano omnipotente

Cuando en el hondo caos te dió figura y ser

Parece que intentara grabar sobre tu frente

En signos mas tangibles su amor y su poder. »

Hasta los niños son poetas en América. Tengo encima de mi mesa un cuaderno titulado *la Pecadora arrepentida*, cuyo autor, don Juan Cruz Varela, tenia escasamente diez y siete años cuando compuso esa lindísima leyenda. Por no distraer la atencion de mis lectores no me detengo a examinar *la Pecadora arrepentida*, que he leído con verdadero gusto é interés. Quizás algun día encuentre ocasion mas propicia para decir al jóven señor Varela todo lo que pienso acerca de su primer y felicísimo ensayo.

Los que tenemos el gusto de conocer personalmente al señor García de Quevedo, sabemos que es un hombre de sólida y variada instruccion: los que no tengan el gusto de conocerle y hayan leído con detencion sus obras poéticas, lo conocerán lo mismo que nosotros. Hay en todas sus composiciones, así en las poesías líricas como en las leyendas, y en los dramas lo mismo que en las novelas, muchísimo *fondo*, como dicen unos, muchísima *miga*, como decimos los demás. El señor García de Quevedo no hace versos solamente por el gusto de hacerlos; los hace porque para él la poesía es una *necesidad*, necesidad moral, hija de su inteligencia que es esencialmente poética, hija de su corazón, que siente y ama la poesía, é hija de su temperamento que le impulsa a escribir versos, como otros se sienten impulsados hácia el juego, sin poderlo dejar hasta perder la última peseta. El señor García de Quevedo es un hombre pensador, que ha leído mucho y que ha leído *bien*, que no ha cesado de viajar, que ha analizado el corazón humano, que ha estudiado el *porqué* de todas las cosas...; en una palabra, es un hombre que ha visto y que ha *vivido* mucho (no es esto decir que sea viejo): la vida del hombre no debe contarse por el número de sus años, sino por el número de latidos que han dado su corazón y su inteligencia; un viejo de setenta años es a veces mucho mas jóven que un hombre de veinte y cinco. Todo lo que el señor Quevedo piensa, todo lo que sabe, todo lo que siente, todo lo que ha visto, todo lo que ha observado, todo lo que ha pasado delante de su vista como en una linterna mágica, lo expresa de una manera admirable en sus obras poéticas y literarias. No hay que preguntar al señor Quevedo, como preguntaba una vez el inolvidable don Juan Nicasio Gallego a un poeta novel que acababa de leerle una de sus composiciones: — *¿qué ha querido Vd. decir en esos versos?* — *Tal cosa*, respondió el infeliz vate todo aturrullado; — *¿pues porqué no lo ha dicho Vd., hombre?* le replicó con suma gracia el eminente poeta y critico, que no pudo comprender una jota de lo que habia querido decir el tierno hijo de Apolo. Otros poetas hay, y este género abunda bastante, que se proponen rotundamente *no decir nada* en sus versos. Por fortuna el señor García de Quevedo es uno de los pocos que se proponen decir algo en sus versos, solo que él tiene el raro privilegio de decir mucho. Uno de los signos mas característicos del verdadero genio es la fecundidad; no hay un solo poeta antiguo ó moderno, que no haya producido mucho; los que escriben poco no es porque *no quieren*, sino porque *no pueden*; la holgazaneria en las letras, lo mismo que en las artes, es casi siempre efecto de la esterilidad; los poetas y los artistas mas eminentes son precisamente los que han legado mayor número de obras a la posteridad: díganlo si no Miguel Angel, Rafael, Calderon, Ticiano, Lope de Vega, Rubens, el Tintoreto, y otros cien que podria citar si fuera necesario. Escribir poquito y malo es propio solamente de las inteligencias pobres y raquíticas. No empezó desde muy jóven a hacer versos el señor García de Quevedo; veinte y seis años contaba ya cuando escribió su primera composición, y a pesar de que hoy tiene solamente cuarenta y cinco años, como su inteligencia robusta, fresca y lozana, en vez de debilitarse ha ido cobrando de día en día mayor vigor, merced al constante estudio del hombre y de las cosas, su nombre puede ya hoy figurar como uno de los ingenios hispano-americanos que han producido mayor número de obras. Efectivamente, solo en el tomo primero de estas hay *ciento cincuenta y tres* composiciones líricas, *cinco* leyendas en verso, *dos* poemas y *varios* escritos en prosa; en el segundo tomo hay *un* melodrama, *siete* dramas, *una* tragedia, *una* comedia, *un* juguete dramático, *una* zarzuela, *una* novela, *una* leyenda en prosa, *varios* recuerdos de viaje, y *algunas* cartas y reflexiones políticas y literarias. Total, dos volúmenes en octavo, de mas de quinientas páginas a doble columna.

Una tristísima reflexion me ha sugerido la lectura de los dos nuevos volúmenes que ha añadido M. Dramard a la interesante *Coleccion de los mejores autores españoles, antiguos y modernos*, que empezó a publicar años há su padre político M. Baudry, uno de los editores mas inteligentes, activos y honrados que ha habido en Francia. Esa reflexion ha nacido de una pregunta que me hice a mi mismo: ¿porqué el señor García de Quevedo ha venido a Paris para hacer una edicion de sus obras completas? ¿no hubiera podido hacerlo lo mismo en España? — No, rotundamente no. Para imprimir sus obras en Madrid, ó en cualquiera de las principales ciudades de la península, el señor Quevedo hubiera tenido

que costear la edicion, porque en España, a pesar del tan decantado *progreso* y del gran *movimiento* literario que, segun unos, se empieza a observar, no hay un solo editor que compre a un poeta sus obras para reunir las en coleccion. A mas de los muchos inconvenientes que tiene el que un escritor sea el editor de sus obras, en España se imprime generalmente mal y cuesta además muy caro; y como no creo que el señor Quevedo sea rico (son contados los poetas españoles que lo son), ha hecho perfectamente en aceptar las proposiciones de un editor francés, que le imprime sus obras con esmero y hasta con cierto lujo y elegancia, y que además le remunerara debidamente su trabajo. Las obras de Martínez de la Rosa, Lafuente Alcántara, Larra, Espronceda, Gil de Zárate, Hartzenbusch, Zorrilla y García de Quevedo, no estarian reunidas en coleccion si no fuera por los señores Baudry y Dramard. ¡Qué triste situacion la de los poetas y literatos españoles que viven exclusivamente de su pluma! Las letras no producen en España lo necesario para vivir, no ya con cierta holgura, pero ni siquiera modestamente; así es que hasta nuestros principales escritores, aquellos que parece deberian tener derecho a un presente pasadero y a un porvenir mas brillante, tienen que recurrir como los demás mortales a desempeñar cargos públicos en la administracion: el señor Breton con todo su talento y con haber producido un diluvio de comedias, ha sido constantemente, hasta hace pocos años, empleado del gobierno; el autor de *los Amantes de Teruel* pediria limosna si no fuera *director de la Biblioteca nacional*, y empleados son ó lo han sido el duque de Rivas, Escosura, el marqués de Molins, García Gutierrez, el difunto Gil de Zárate, Vega, Ferrer del Rio, Tamayo, Fernandez Guerra, Rubi, Selgas, Cañete y casi todos los que se dedican a escribir para el público. Hartzenbusch, con haber escrito el primer drama del teatro español contemporáneo; Vega y García Gutierrez, autores de *el Hombre de mundo* y de *el Trovador*; Tamayo, autor de la *Virginia*, y Ayala y Eguilaz, autores de *el Tejado de vidrio* y de *la Cruz del matrimonio*, tienen que vivir muy modestamente, mientras que Alejandro Dumas, por ejemplo, lleva una existencia propia de un baja en sus *villas* de Francia é Italia, y mientras que Dennery (un adocenado dramaturgo francés) arrastra coche y disfruta de los *doscientos mil* francos que le producen anualmente sus dramas. Cinco duros daban al señor Cañete en *el Heraldo* por sus excelentes *revistas dramáticas*, y Julio Janin, Teófilo Gautier, Sainte-Beuve, Fiorentino y Pablo de Saint-Victor cobran *quinientos* francos por cada artículo que publican en *el Diario de los Debates*, *el Monitor*, *el Constitucional*, *la Francia* y *la Prensa*. Cinco duros el critico español, ciento los criticos franceses: ¡esta es la proporcion de lo que producen las letras en la patria de Racine y en la patria de Calderon!

Bien venidos sean, aunque estén impresos en tierra extranjera, los versos del señor García de Quevedo. Mucho hay que admirar en ellos; — genio, talento, gusto exquisito, valentia, robustez, buena entonacion, elegancia, — todas estas cualidades hay que reconocer en las composiciones líricas del señor Quevedo. Para unos todo el mérito de una poesía está en el fondo, para otros en la forma. Poco importa que esta sea incorrecta y vulgar, si el fondo es bueno, grande y hermoso, dicen los primeros; nada importa que el asunto sea pobre y trivial si la forma es buena, correcta y armoniosa, dicen los segundos. Creo que los unos y los otros dicen una solemne necesidad. Para que una composicion poética sea buena es absolutamente preciso que el fondo y la forma sean igualmente bellos. Unos versos muy armoniosos y retumbantes, pero vacíos de sentido comun, ¿para qué sirven? Una composicion llena de pensamientos felices, pero mal expresados, ¿a quién puede agradar?

Aut prodesse volunt, aut delectare poetæ;

Aut simul et jucunda et idonea dicere vitæ.

El señor García de Quevedo ha seguido al pié de la letra el precepto de Horacio, consiguiendo ambas cosas a la vez, — instruir y deleitar en todas sus composiciones literarias. Léase con la detencion y el cuidado de que es verdaderamente acreedora su hermosísima poesía a *Roma*, escrita en 1845; toda la historia de esa hermosa ciudad, antiguo centro de una gran nacion, — mas aun, alma de un imperio colosal, — está admirablemente resumida en la bella composicion del señor Quevedo. La escribió como suelen decir los franceses *sous le terrain*, en una hermosa noche en que el jóven venezolano contemplaba atónito ese imponderable *colosso*, antiguo resto de maravillosas grandezas. ¡Cómo se conoce que el autor *siente* todo lo que dice, que no hay allí nada *estudiado*, que todo es pura emanacion del fervido entusiasmo del poeta! Muy pocas horas debió tardar en escribir esos versos, hijos legítimos del corazón y de la inteligencia: hay allí raudales de poesía, movimiento rápido y verdaderamente lírico, dicción alta y sostenida, entonacion robusta y adecuada al asunto del poema, versificación sonora y majestuosa. He leído varias veces esta composicion, y siempre he encontrado en ella nuevas bellezas que admirar.

Recórrase el primer volumen de las obras del señor García de Quevedo, y en él encontrará el lector otras dos bellísimas composiciones al mismo asunto. Está visto que la antigua ciudad de los Césares ha sido constantemente un manantial de inspiracion para la musa del señor Quevedo. Tambien lo ha sido y lo es aun la hermosa *Italia*, a quien el autor consagra varias de sus poesías: la última, escrita en Paris en diciembre de 1861,

es una prueba evidente de que la musa de este distinguido poeta no ha decaído ni perdido nada de su antiguo vigor. Véase como muestra las siguientes estrofas de esta composición:

.....
 Sigue en la empresa audaz, pueblo cristiano.

— ¿Dudas? — La Europa te verá tranquila,
 Aunque de cuadra sirva el Vaticano
 Al fogoso bridon del nuevo Atila.

.....
 — ¡Ira de Dios! — ¿Qué tiene la victoria

Que así el humano corazón deprava?
 — ¡Si el mundo entero ha de execrar tu gloria,
 El cetro arroja, oh Reina, y torna á esclava!

.....
 ¡Y yo te adoro, Italia: — en tus montañas

Alzó mi núnmen su cantar primero —
 Y lloré tu infortunio — y tus hazañas
 Canté — y maldije al déspota extranjero!

.....
 Hoy, que ya rotos tus pesados grillos,

Tan cerca miras la anhelada cumbre,
 ¡Repudia á esos frenéticos caudillos
 Que te arrastran á nueva servidumbre!

.....
 Y no vaciles, porque aun guarde el cielo

Oculto su decreto soberano.
 ¡Libre serás, cuando en tu heróico suelo
 No haya extranjero ni civil tirano!

Dejando á un lado la idea política de esta composición (con la cual es muy posible que el autor de éstas líneas no esté del todo conforme), hay que convenir en que las estrofas que acabo de transcribir son dignas de la entonación valiente y del robusto lirismo del cantor de Lepanto.

Me es imposible analizar una por una todas las composiciones que he leído con singular placer en el citado primer tomo; en casi todas he hallado mucho bueno que admirar, en muchas verdaderos tesoros de poesía lírica, que de seguro pasarán con aplauso á la posteridad. Parécenme de mérito superior las siguientes: *la Fe cristiana*, canto épico; *A la luna*; *el Sol poniente*; los dos sonetos *los Brutos* y *A la fortuna*; *la Batalla de Lepanto*, canto épico; *la Última ilusión*; *San Pablo en Filippos*; *Cervantes*; *Venecia y Hungría*; *el Día de las venganzas*; *el Dos de febrero de 1852*; *A unos ojos*, lindísimo madrigal, tan bueno en su género como los dos de Gutierre de Cetina al mismo asunto; *el Ramo de pensamientos*; la oda *A la libertad*; *la Mujer*, y otras muchas que hallará el lector en el tomo primero.

Peró quizás no son las poesías líricas, religiosas y chinas (que también las hay en dicho volumen, y muy lindas por cierto) lo más notable que encierran las obras del señor García de Quevedo. En nuestra humilde opinión, lo que más justamente debe llamar la atención de la crítica en los trabajos poéticos de este autor, son los varios poemas que ha escrito, algunos de ellos en colaboración con el señor Zorrilla. Los más importantes son *Delirium*, *la Segunda vida*, y *el Proscrito*, en los cuales no ha tomado parte alguna la inspirada musa del justamente aplaudido poeta de los *Cantos del Trovador*. En esos tres poemas el señor García de Quevedo es el único responsable de las bellezas y de los defectos que puedan encontrarse en ellos. Como decía antes, el distinguido vate venezolano es de los que se proponen siempre un fin, un objeto al emprender cualquier trabajo literario. El objeto que se ha propuesto al escribir esta serie de poemas, y otros que quizás veamos algún día publicados (¡quién sabe!) es el siguiente: «Héme propuesto, amigo lector (dice el señor Quevedo en el prefacio del *Proscrito*), escribir una serie de poemas que, tendiendo todos al mismo fin, formen al modo de los eslabones de una cadena, y según mis cortas fuerzas alcanzaren, si no el complemento rico de belleza y convicción, el feto, siquiera informe, de la grande epopeya humanitaria que las orgullosas miserias de nuestro siglo, descreído y egoísta, imperiosamente reclaman. *El Proscrito*, que ahora te presento, es el tercer eslabón de aquella cadena que empecé con los otros dos que acaso te sean desconocidos: *Delirium* y *la Segunda vida*. El pensamiento civilizador, que atraviesa como una línea tangible y de un polo al otro dichas obras, es el mismo en el fondo, siquiera distinto en los medios: — el pensamiento moral del Evangelio — la redención por el amor.»

El objeto, pues, del autor no puede ser más noble, más bello y grandioso. La redención por el amor ha sido, es y será siempre fuente de inagotable poesía. Ahora es preciso saber si el poeta ha estado tan feliz en el desarrollo de su idea como en ésta, y para que no quepa duda, me apresuraré á decir que si el pensamiento que le ha dominado y el fin que se ha propuesto al emprender tan noble empresa, no puede menos de ser elogiado por la crítica imparcial, la forma de los tres poemas citados encontrará en todas las personas inteligentes y de buen gusto decididos entusiastas y admiradores. El primero de dichos poemas se titula *Delirium*, y á su detenido exámen consagraré un segundo artículo, por temor de que este parezca demasiado largo á los lectores del *Correo*.

CARLOS DE OCHOA.

La mar (1).

Un amigo mio que ha pasado treinta años de su vida recorriendo las soledades del Océano, me enseñaba días pasados el *Diario* en que ha ido consignando todas las terribles vicisitudes de sus largas navegaciones. Púseme á hojear aquel libro, y después de haber leído en la primera página esta exclamación: «¡qué hermosa es la mar!» quedé no poco sorprendido al leer en la última: «la mar no se ha hecho para los hombres.»

Escribo estos renglones con un lápiz, sentado en un peñón del cabo de Machichaco. La mar se extiende delante de mí mas allá de lo que alcanza mi vista, y eso que mi vista (¡santa Lucía me la guarde!) es hermosa. Las olas rugen con soberbia al quebrantarse en el peñón donde me asiento, sin duda porque presienten que voy á insultar al Océano. Si, voy á insultar á ese traidor gigante, y le voy á insultar impunemente, porque apenas conseguí salpicarme con los espumarajos de su rabia.

Ya sé que los poetas de cajón se indignarán conmigo viendo que al sentarme orilla del Océano no escribo en mi cartera: «*Al mar—Oda*,» y empiezo á soltar alejandrinos; pero permitanme esos señores decirles que los horrores sublimes, á cuyo número pertenece la mar, por mas que sean sublimes, no dejan de ser horrores, y los horrores no me parecen dignos de ser cantados.

— Pues horrores son, me replicarán, las batallas, y las tempestades, y los incendios, y los terremotos, y las pestes, y las hambres, y las calamidades de toda especie.

— Estamos conformes.

— ¿Y qué, no se cantan todos esos horrores?

— Sí, pero no me gusta esa música.

— Pues qué, ¿no admira Vd. la grandeza de Dios en el trastorno de los elementos?

— Sí, pero la admiro mas en la quietud y la armonía de la naturaleza.

— La poesía se ha hecho para cantarlo todo.

— La poesía no se ha hecho para cantar lo feo.

— Eso es hablar de la mar.

— Pues déjenme Vds. seguir hablando de ella.

Nací y pasé la niñez cerca de la mar, y á pesar de que me encariño profundamente con todo aquello á cuyo lado vivo, con las personas á quienes trato, con la casa en que habito, con los árboles que me dan sombra, con los pájaros que me dan música, con el arroyo que me da murmullos, con los montes y la vega que contemplo desde mi ventana, y hasta con el sol que me quema y el frío que me entumece, y los cinifes que me pican, á pesar, repito, de que me encariño con todo esto, no he podido nunca encariñarme con la mar.

Era yo muy niño, y allá por el hondo valle que separa á mi aldea de la mar, llegaban á mi pacífica y bonita aldea prolongados y sordos bramidos que me hacían estremecer y refugiarme en el regazo de mi madre.

— ¡Santa Virgen de Begoña! exclamaba mi madre con lágrimas en los ojos, no desampares á los pobres navegantes que cruzan esos mares traidores.

Y esta piadosa imprecación quedaba grabada en mi memoria, y en la confusión de mis ideas la idea del mar se asemejaba á la de los grandes azotes de la humanidad.

La mar me gusta, pero es desde lejos: desde cerca, todo me desplace en ella; me desagrada su color que ni es azul ni verde, sino un compuesto indefinible de estos dos colores; me disgusta su sabor que es salado y amargo, y me disgusta su olor que es acre y nauseabundo. El agua de los ríos limpia, el agua de la mar ensucia. Las evaporaciones de los ríos fertilizan las plantas; las evaporaciones de la mar las abrasan.

Y á propósito de plantas, ¡qué diferencia entre las fluviales y las marinas! Las marinas, cuerpos inertes donde no hay mas que grosera materia; las fluviales, cuerpos vivientes que parecen animados y embellecidos por el perfume de la inteligencia.

Oigo decir que el bromo, y los cloruros, y los sulfatos que entran en la composición de las aguas del mar, resucitan los muertos. No me atrevo á negarlo, porque reconozco mi ignorancia para fallar en cuestiones de esta naturaleza; pero si diré que cuando en estas peladas y tristes rocas donde se estrellan las olas del mar, luchó con el viento que aquí sopla perpétuamente, y en este viento creo respirar los efluvios de los cuerpos humanos que flotan sin lágrimas ni flores ni oraciones en ese abismo, no me siento tan bien como en nuestras floridas y verdes y apacibles vegas de Abando y Durango y Guernica, donde el amor y los recuerdos fortalecen y consuelan mi alma, y los árboles y las flores me dan sombra y perfumes, y las auras de la montaña olean mi frente y regalan mi oído y dilatan mis pulmones.

Y luego tú, ¡oh mar! no eres mi patria; eres un vagabundo extranjero que llegas á nuestras risueñas y pacíficas moradas con la soberbia de aquellos otros extranjeros que llegaron acaudillados por los Césares y Agripas, y como tú, vieron quebrantado su poder en nuestras rocas y solo consiguieron, como tú, penetrar en algunos de nuestros hermosos valles.

Y luego ese movimiento, esa inquietud, esa rabia, esa convulsión eterna que rechaza de tu seno la perfección y el progreso que la tierra admite agradecida y dócil, no puede simpatizar con naturalezas pacíficas y serenas como la mía.

¡Mal haya el insensato que lanzó la primera tabla al Océano y se colocó sobre ella!

Si un día la desventura me arroja á las soledades del

(1) Fragmento de un libro inédito.

Océano, compadeceadme, hermanos míos, y compadeceadme como yo compadezco á los que vagan por ellas. En el continente que se dilata á mi espalda nunca falta un árbol ó una roca donde pueda el viajero guarecerse del viento ó la lluvia, y sobre todo nunca falta un palmo de terreno donde pueda sentarse y descansar de la fatiga; ¡pero en esas móviles soledades que se extienden delante de mí, ni aun tiene el pobre viajero el consuelo de la inmovilidad!

Un día el piadoso Martín de Olarte se moría de tristeza perdido en esas soledades é invocó el nombre de la Virgen de Begoña, á la sombra de cuyo santuario había vivido hasta entonces tranquilo y contento y feliz. La Virgen vascongada permitió que el sonido de sus campanas atravesase las trescientas cincuenta leguas que á Martín separaban del continente, y aquella santa armonía de la patria bastó para reanimar y consolar al pobre navegante.

Campanas, templos, hogares, recuerdos, sepulcros, todo lo que constituye la vida del alma se encuentra en la tierra; pero ¿qué se encuentra en ti, solitario Océano, que se encuentra en ti si la Virgen de nuestras montañas no renueva el milagro con que consoló y fortaleció al piadoso Martín de Olarte? ¡Ah! ¡ni una cruz que recuerde á los muertos, ni una piedra que recuerde á los héroes!

Bien hizo el desengañado marino en decir, al terminar su *Diario*, que la mar no se ha hecho para los hombres, y bien hubiera hecho también en añadir que la mar se ha hecho para los monstruos que habitan sus tenebrosas profundidades.

Hasta aquí los renglones que escribí con un lápiz, sentado en un peñón del cabo de Machichaco. Estos renglones eran incompletos apuntes de lo que yo pensaba en aquellos instantes. Creí al escribirlos que nadie mas que yo los había de leer; pero oigo rugir la mar como león calenturiento, y el llanto y la desesperación de cuatro madres sin ventura me dice que ese monstruo insaciable ha devorado á cuatro nobles manéebos, orgullo de nuestras montañas. ¿Cómo desahogar el dolor y la indignación de mi alma? Arrancando de mi cartera y mandando á la imprenta aquellos renglones. No faltará quien me grite:

— Tu criterio es mezquino, porque no comprendes la gran misión que la Providencia confió al Océano al decirle: — Forma la mayor parte de la creación universal. Tu criterio es injusto, porque no tienes una palmeta para los grandes poetas que alzaron cánticos inmortales orilla del Océano.

Peró yo me anticipo á replicar á los que así me griten:

— Mezquino é injusto es el criterio de la madre que viendo agonizar al hijo de sus entrañas llora y grita y se retuerce é insulta al cielo que le arrebató lo que mas amaba en el mundo, sin considerar que Dios le lleva lo que es de Dios, y su hijo va á trocar las tristezas de la tierra por las alegrías del cielo; y sin embargo, no teneis reconvenções para el mezquino é injusto criterio de aquella mujer desconsolada. ¿Porqué las habeis de tener para el mio cuando insultó á la mar que me arrebató á mis hermanos?

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao.

El Domingo de Ramos.

Entró Jesús en la ciudad deicida
 Que *hosannas* le cantó; discurre inquieta
 La turba envanecida;
 Hierve la multitud, le arrojan flores
 En su triunfal carrera,
 Y cánticos de amores
 Y bendición repiten por do quiera.

Paso al Justo, decían
 Ancianos y mujeres, y estas voces
 Los niños y los hombres repetían;
 Y con plantas veloces
 A su encuentro volaban
 Y en su júbilo ardiente, delirante,
 Con olivas y palmas le cercaban.

¡Al cabo la virtud se vió triunfante!
 Al fin el hombre la verdad vislumbra,
 Y ensalzando al Señor, á Dios se encumbra;
 Rinde un tributo agradecido al cielo,
 Y en *creer* y *esperar* halla un consuelo.

Mas ¡ay! que dura poco
 El propósito fiel; siente en su seno
 Agitarse por fin su orgullo loco;
 Le ciega la soberbia; su veneno
 La torpe envidia en su interior derrama,
 Y concluye frenético culpando
 Al que hoy sin culpas con placer aclama.

Pronto al olvido dando
 La celestial doctrina,
 Los portentos que Cristo estaba obrando
 Para mostrar su potestad divina,
 Con torpe ingratitud y odio infinito



F. Blomberg

SLESWIG-HOLSTEIN. — Acción de caballería al frente de Kolding.



El Domingo de Ramos.

La turba imbecil pedirá su muerte,
Y con furor maldito
En la cruz le verá clavado, inerte.

¡Funesta obcecación! ¡fieros enojos
Que el alma no concibe!
¿Qué lúnebre crespon vendó los ojos
De ese pueblo inconstante
Que hoy en triunfo recibe,
Con séquito brillante,
Y aclama y santifica
Al mismo que mañana crucifica?

¿Será que el hombre con tenaz desvío
Mirará la verdad? ¿será que siempre
La virtud ultrajada,
La santidad vendida,
La grandeza del alma condenada,
Se hayan de ver y la virtud herida?

Tornad, tornad los ojos:
¿No veis cómo ese pueblo victorea
A Dios? ¿no veis de hinojos
A la plebe que alegre le rodea?
Pues pasad adelante
Y el cuadro cambiará, sus bellas tintas,
En trueque repugnante,
Se irán oscureciendo;
Serán ya tan distintas,
Que pavor en el alma irán poniendo.

En confuso tropel, amotinado,
Corre el pueblo frenético; le quema
El afán de exterminio; está sediento
De la sangre del Justo; ya blasfema
Y en vértigo se agita turbulento.

¡Muera! repite con furor creciente
Y lleno de impaciencia:
Avido aguarda la fatal sentencia;
Crece la confusión, crece la bulla,
Y ya el pueblo no grita, sino aulla.

¡Horror! ¡sublime horror! Fuente de vida
Era Jesús y fuente inagotable
Que intentaron secar; la envilecida
Humanidad, en todo deleznable,
Quiso privar de luz, robarle el viento
Al que la luz creara
Y los orbes anima con su aliento.

La humanidad avara
De un horrible poder que no tenía,
Quiso no obstante consumir su afrenta
Con apariencia impía
De justicia: violenta
Desató la calumnia, y al humilde,
Al bueno, al santo, al justo
Hizo malo y soberbio; hizo su gusto,
Le postergó a un ladrón, llámole a juicio
Y acabó conduciéndole al suplicio.

Y tú, Jerusalén, que ahora le aclamas,
Que con palmas y olivas le rodeas,
Que hipócrita le llamas
Y alegre al parecer le victoreas;
Tú que luego feroz, dando al olvido
Su santidad y gloria,
Harás constar en tu funesta historia
La ingratitud de un pueblo enfurecido;
Tú que un instante acatas la grandeza
De su humildad divina,
Cesa, cesa en tus cánticos perjuros;
Dios mira de tu raza la impureza,
Detesta tu mentira,
Y al derribar tus muros
Eterna sobre tí será su ira,
Y eternos y prolijos
Tus duelos y los duelos de tus hijos.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Revista de Paris.

La llegada á Paris del archiduque Maximiliano y de la princesa Carlota ha venido á dar una brillante animación á las fiestas de la corte. Las comidas, los conciertos, las representaciones teatrales se han sucedido sin interrupción en Tullerías, y si no figuran en este programa los grandes bailes, es porque las prescripciones de la cuaresma se observan religiosamente en las regiones oficiales. La estancia del archiduque en esta capital será de pocos días, y la fiesta mas señalada que se dará en su honor será, segun se dice, una gran revista del ejército de Paris en el Campo de Marte. El día no se ha fijado todavía. Entre tanto se han inaugurado en la Marche el domingo últi-

mo las carreras de caballos de la primavera, y esta primera reunión, aunque no muy favorecida por el tiempo, habia atraído á ese bonito hipódromo, cuya vista damos en la última página de este número, una afluencia considerable de aficionados á estas funciones hípias. Como de costumbre, nos abstenemos de entrar en los detalles de esta fiesta que tendrían escaso interés para nuestros lectores, limitándonos á consignarla aquí como un hecho que llama la atención en el alto mundo parisiense.

En estos últimos tiempos habia corrido la voz de que un alto personaje, el marqués de Villette, descendiente de Voltaire, habia puesto en venta su palacio, donde existe una reliquia, el corazón del célebre escritor, que fué dejado por testamento á esta ilustre familia.

Durante largos años esos restos han estado en el palacio, siendo visitados continuamente por los extranjeros con no menos afán que se visita en Montmorency el humilde cuartito habitado por J. J. Rousseau.

El marqués de Villette recibió por centenares las cartas cuando se creyó que se hallaba á punto de vender sus posesiones, á propósito de los restos de que era depositario, y sobre todo en las que venían del extranjero, se le hacían ofrecimientos de sumas considerables á fin de comprarle el corazón de Voltaire. No hay para que añadir que los postores mas generosos eran ingleses.

Pero esto no bastó: se despacharon embajadores al marqués para llevar á buen término la negociación, y M. de Villette, cansado de tal persecución, escribió una carta al *Times*, diciendo que el corazón de Voltaire no estaba en venta, y que ante todo debia permanecer en Francia. Al propio tiempo, y para concluir de una vez con sus perseguidores, se dirigió al ministro del Interior, suplicándole ofreciera en su nombre al emperador este recuerdo que tantos deseaban, y aceptado este donativo, se trata hoy de saber en dónde será depositado.

Primeramente se pensó en colocarle en el Panteon, en la bóveda sepulcral adonde se llevaron sucesivamente las cenizas de Descartes, muerto en Estokolmo en 1650, las de Mirabeau, J. J. Rousseau, Marat, Lepelletier y otros varios. El 9 terribidor año II los restos de Marat fueron excluidos del Panteon y arrojados á las alcantarillas de la calle Montmartre; las cenizas de Descartes fueron encerradas en un sarcófago en el Museo de los monumentos franceses, y por un decreto de 10 de febrero de 1795, se mandó que no se acordasen los honores del Panteon á ningun ciudadano, sino diez años despues de su muerte.

Así cesaron las inhumaciones en el Panteon, que conservó únicamente los sepulcros levantados á Rousseau y á Voltaire, con los despojos mortales del matemático Lagrange, del célebre viajero Bougainville, del mariscal Lannes y algunos senadores de nombre oscuro, pertenecientes al primer imperio.

Ahora bien, parece ser que cuando se pensó, como hemos dicho, en llevar al Panteon el corazón de Voltaire, se mandó que levantarán la losa que cubre las cenizas de este hombre célebre, y no se encontró nada; á consecuencia de lo cual se ha ordenado una averiguación histórica. Entre tanto, la reliquia del palacio de Villette, aceptada por el Estado, será encerrada por orden del emperador en una urna de plata y depositada ya en el Instituto, ya en el salon principal de la Biblioteca.

El museo de Cluny, riquísima colección de monumentos, muebles y objetos de arte de la antigüedad, la edad media y el renacimiento, acaba de hacer una adquisición sumamente curiosa é interesante.

Figúrese el lector un mueble de un aspecto monumental, cuyo delantero está formado de dos postigos que sin embargo parecen uno solo. Un friso esculpido con finura, pero empastado con una espesa capa de pintura color de chocolate, reina en derredor del mueble, orlando unos dibujos de estilo bizantino que se destacan sobre fondo de oro. Uno de estos dibujos representa á Jesucristo con las manos atadas y coronado de espinas, y en el otro se ven reproducidos los instrumentos de la Pasión dispuestos en forma de trofeo.

El espectador contempla piadosamente esa imágen sagrada, cuando hé aquí que de súbito el postigo superior cruje sobre sus goznes, se hunde con un ruido espantoso, y por el agujero asoma y sale un demonio, un enorme demonio, como si saltara del fondo de los infiernos.

Este diablo se arroja sobre el espectador aullando, moviendo unos ojos horribles, encendidos y sangrientos, y sacando una lengua de un pié de larga, roja y puntiaguda.

Nada mas espantoso que esta aparición cuyo secreto no tiene sin embargo nada de diabólico: un tosco sistema de pesas, una lengüeta colocada en la boca de la figura, un tubo y un fuelle que á ella se adaptan, hé ahí la explicación del infernal misterio.

Este aparato tan singular es de fines del siglo XVI. Unos mercaderes que viajaban por Italia descubrieron esta curiosidad, la compraron y volvieron á Francia con la idea de convertirla en objeto de especulación. Trataban de enseñar á los parisienses del día esta obra de hace tres siglos; pero la autoridad no les acordó el permiso necesario, temiendo el efecto realmente extraordinario que produce ese figuron endiabrado, y en vista de esto propusieron su venta al museo de Cluny. ¿Quiénes han sido los dueños primitivos de esta máquina diabólica? ¿Cómo y cuándo funcionaba? Esto es lo que se ignora, al menos actualmente; pero los aficionados á descifrar esta clase de problemas históricos no dejarán de darnos con el tiempo alguna luz que nos ilustre en la materia.

La crónica judicial nos ofrece esta semana una entretenida historietita.

Hace pocos días volvía á su casa una costurera llamada Virginia, cuando al atravesar el puente de las Artes, se llegó á ella una jóven cuyos ojos azules y aire tímido inspiraban al primer pronto una favorable opinión respecto de su persona.

—Disimúlame Vd., dijo esta jóven, si me atrevo á dirigirme á Vd. no teniendo el gusto de conocerla; pero me encuentro en un gran apuro, y su apariencia bondadosa me infunde ánimo; los hombres me dan miedo, podrían abusar de mis confianzas, en tanto que Vd. comprenderá desde luego mi angustiosa posición. No pido limosna, lejos de eso, tengo para cubrir mis

atenciones, mas estoy sola, y... permítame Vd. que la cuente mi historia en breves palabras, y verá Vd. si merezco que se interese Vd. por mí. Me llamo Luisa Haas, he nacido en Francfort y acabo de cumplir diez y nueve años. Habiéndome visto perseguida, he combatido cuanto me ha sido posible; pero faltándome ya el valor, me escapé y he llegado esta mañana; por desgracia conozco poco Paris, todo me infunde recelos, y lo que quiero suplicar á Vd. es que me ayude á buscar una habitación.

Virginia es con efecto una mujer bondadosa, y se interesa por aquella desconocida.

—Mire Vd., la responde, yo habito con mis dos hermanas en un cuarto pequeño, mas no obstante trataremos de estrecharnos un poco para que viva Vd. con nosotras.

—¡Ah! cuán buena es Vd.; la deberé mas que la vida. Caminando juntas, llegan muy luego al domicilio de la caritativa costurera; pero sus dos hermanas no se conforman con recibir una inquilina, y Luisa, que no por esto deja de dar gracias á las tres, se decide á buscar un cuarto.

A la otra mañana nadie se acordaba ya de ella, cuando hé aquí que aparece muy alegre exclamando:

—He hallado un bonito aposento amueblado en la calle del Sena por 45 francos al mes, seremos vecinas.

Y sobre esto se ponen á conversar con toda franqueza; las costureras cobran amistad á la jóven y se prometen verse á menudo. Luisa mas que las otras se deshace en protestas repitiendo que jamás olvidará á las personas tan estimables que ha tenido la suerte de encontrar.

Volvió efectivamente en la otra mañana, pero esta vez no traía ya aquel rostro risueño que daba gozo ver; estaba sombría y parecía violentarse para no soltar sus lágrimas.

—¿Qué tiene Vd.? ¿qué ha sucedido? Hable Vd., la dicen las tres hermanas.

—¡Ay! ¡Dios mio! exclama cediendo á los ruegos de sus amigas, me ha sucedido una gran desgracia; acabo de perder un bolsillo que contenía 400 francos, toda mi fortuna, y una sortija de oro que queria yo mucho, no por su valor, sino porque era un recuerdo de mi madre: esto es lo que siento; en cuanto al dinero, es una pérdida reparable, pues mi tutor debe mandarme 1,000 francos dentro de ocho días, y no es un regalo que me hace, sino que es una parte de mis rentas producidas por un capital de 50,000 francos que me dejaron mis padres, y que cobraré cuando sea mayor. Ya ven Vds. que el porvenir no me causa zozobra, y si puedo hallar modo de vivir durante estos ocho días, me consolaré fácilmente de mi pérdida.

Las tres hermanas se consultan, y luego Virginia dice á Luisa:

—Nosotras no somos ricas y no podemos adelantar á usted dinero; sin embargo, venga Vd. á comer con nosotras, y cuando tenga nos pagará á razon de franco y medio por día.

Luisa acepta dando mil gracias á sus buenas amigas; pero ¡ay! con razon se ha dicho que la desgracia nunca viene sola. Luisa es un ejemplo de esta verdad: recibe una carta en que la participan la muerte de su hermano menor, un niño precioso, el que ella prefería á todos los demás, y cuatro días despues enseña otro mensaje tambien orlado de negro, donde la anuncian el fallecimiento de otro hermano; por fin llega otra carta con la lúgubre nueva de la muerte de su cuñada. Jamás se ha visto una familia desmembrada de un modo mas cruel.

Luisa se halla en el colmo del dolor, mas sin embargo, tropieza con el bien al lado del mal; su fortuna se ha triplicado, y en vez de cincuenta mil francos, podrá disponer á su mayoría de ciento cincuenta mil.

A todo esto sus amigas tratan de consolarla y sus esfuerzos no son infructuosos, si bien es verdad que en breve recibe tambien una buena noticia que la da un poco de ánimo.

Su tutor la escribe que no la ha enviado los 1,000 francos, porque se ha propuesto hacer un viaje á Paris, adonde llegará el día 15 por el ferro-carril.

«No pases miseria, la dice en esta carta; toma fiado cuanto necesites, que yo pagaré á mi llegada.»

Las tres hermanas, en vista de palabras tan formales, continúan manteniendo á la rica heredera.

Hémos aquí en la época anhelada, el 15 del mes, el día que debe llegar el tutor. Preciso es salir á recibirle, y Luisa se empeña en que sus amigas la acompañen al camino de hierro.

—Se pondrá contentísimo al ver á Vds., dice la jóven á las tres hermanas, y les dará las gracias por tanto y tanto como han hecho por mí.

Pero en vano pasan horas en la estacion: los trenes se suceden y el tutor no llega.

Las hermanas conciben entonces algunas dudas, y se preguntan si su amiga no pertenecerá por desgracia á la familia de la gente de industria. Una vez que han acudido á la mente las sospechas, preciso es aclararlas.

Las tres costureras corren á su casa, registran su cómoda y su armario, y ven que diferentes prendas han desaparecido, lo mismo que Luisa, que dejaba pendiente á mayor abundamiento la cuenta de la comida, ó sea una suma de mas de cien francos.

Luisa Haas, que es hija no de Francfort, sino de un pueblo del canton de Berna, tiene que confesar sus fechorías ante la justicia, que la condena á seis meses de encierro.

Despues de la comedia de Jorge Sand el *Marqués de Villemer*, cuyo brillante éxito se confirma mas y mas cada noche, hemos tenido otra solemnidad teatral en el Gimnasio, con una nueva producción de Alejandro Dumas, hijo, que se titula el *Amigo de las mujeres*. Esta comedia es una sátira terrible contra la mujer; el corazón femenino se analiza en ella de tal manera, que admitida la base no nos quedaria ninguna ilusión posible. En suma, se quiere probar en esta comedia que la mujer no tiene valor alguno; y el autor se dedica á esta tarea ingrata con el ardor del hombre que está bien convencido de la verdad de su teoría. En cuanto al *amigo de las mujeres*, personificado en M. de Ryoms, es un fátuo poco original, uno de esos hombres que abundan en el mundo, cuya especialidad consiste en saber apreciar con toda exactitud la conducta de la mujer sin conocerla, casi sin verla, pues para esto está dotado de una perspicacia infalible. No diremos que no hay en la pieza escenas interesan-

tes, que, como de costumbre en las producciones de este autor, no esté esmaltada toda ella de agudezas y chistes que en esta ocasion quizá abundan en extremo; pero si nos parece que la accion se halla entorpecida á cada instante por la sátira un tanto declamatoria contra el bello sexo que siempre la domina, y que esta misma sátira incisiva como una flecha, no siempre acierta al blanco, en su furor de generalizar los tiros. Hoy por hoy, no nos atreveríamos á decir qué suerte está reservada á la nueva comedia; pero por el pronto, podemos asegurar, que sin el respeto que inspiran al público las obras de este autor dramático de tan brillantes recursos, la fria acogida que sufrió en la primera noche, habria tomado sin duda alguna un carácter de desaprobacion mas marcado y concluyente.

MARIANO URRABIETA.

Las mujeres de nuestro siglo.

CARTAS DE TRES AMIGAS RECOPIADAS

POR MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuacion.)

VI.

Al oír á la agradecida mujer expresarse así, los dos hijos mayores del alcalde se levantaron como si á la vez les hubiera movido una fuerza irresistible.

— Poco á poco, dijo el segundo que era mas vivo y menos mesurado que el primogénito. Isabel. Vd. no sabe lo que se dice y nos ofende: ¿le parece á Vd. que porque los cinco mayores hayamos salido bien hemos de dejar mal á Teresa? ¡Pues no hay tal! Cada uno de nosotros le daremos un poco, y lo mismo haremos con los cuatro que á padre le quedan.

— Es muy justo, añadió el mayor.

— Es lo que debe ser, dijeron en coro las tres hermanas casadas.

— Yo, dijo el esposo de la mayor que era el mas rico de todos, daré á Teresa, por mi mujer y por mí, doscientos pesos.

— ¡Hijo! ¡eso es el dote que yo di á Simona! exclamó el padre: ¿vas á cederlo ahora?

— ¿Porqué no, señor? repuso el rumboso aldeano: de entonces acá hemos prosperado: mi abuelo murió y me mejoró en su testamento: mis olivares dan quinientas arrobas de aceite: en mi casa se matan todos los años dos cerdos y una vaca: las paneras están llenas: los graneros se hunden de peso: mi ganado es el mas numeroso del contorno: en la bodega ya no cabe mas: y solo tengo un hijo: padre y señor, ya que tanto doy á los pobres, ¿no he de poder hacer un regalillo á Teresa? Con eso están aviados los muchachos, y mis demás hermanos, que no están tan ricos como yo, no tienen que desprenderse de nada.

— Aquí no hay que venirse con roncas, dijo mohino Blas, el hermano mayor de Teresa: si tú eres tan rico, ya lo sabemos y tanto mejor para ti; pero la chica ha de ir arreglada por nosotros, que aunque no tengamos tanto, nada nos falta; y en eso de dar no nos hemos de quedar atrás.

— Lo dicho, dicho está, respondió el rico Márcos: doy á Teresa doscientos pesos: cuanto mas añadais vosotros mejor para ella.

— No necesita tanto, dijo de muy mal humor el hijo segundo: sus cuatro hermanos le daremos á cien pesos, y tú y Simona dareis lo mismo.

— Lo dicho, dicho, repitió el terco Márcos: por mí llevará doscientos.

— Hijos, ¿porqué incomodarse siendo todos tan buenos? preguntó Marcial que lloraba anchas y copiosas lágrimas: dejad á Márcos y á Simona; Dios les ha dado mas y son dueños de darlo: lo que si creo es que todos poneis demasiado en la dote.

— Yo lo arreglaré todo, dijo Teresa, si me dejais y padre da licencia para ello.

— ¿De qué modo? preguntaron el padre y los hijos.

— Mirad cómo: yo tomo la casita de madre Isabel que está tan arreglada y limpia: la quiero por dos cosas; porque madre Lucia la llenó de todo para mí, y madre Isabel la arreglaba y cuidaba para la mujer de su hijo; tomo además diez duros de mi padre para hacerme mis galas; y veinte y cinco de cada uno de mis hermanos, Blas, Pablo, Juana y Carolina; que son ciento: de Simona, ya que tan generoso es su marido, tomaré cien...

— ¿Y porqué esa distincion? preguntó Blas que era el que tenia peor genio.

— Por lo que vais á oír; de los cien duros, veinte y cinco serán para mí, y los otros setenta y cinco para esta.

Teresa al decir estas palabras apoyó su pequeña y blanca mano en la cabeza de una niña de unos doce años que estaba sentada á su lado.

Era una criatura fea, pero en cuyo semblante habia una admirable expresion de cándida dulzura: sus facciones irregulares estaban señaladas por las viruelas: sus ojos azules eran tristes, pero su mirada estaba llena de mansedumbre.

— Sí, repitió Teresa; esos setenta y cinco duros serán para que se haga los hábitos Casilda.

— ¡Los hábitos! repitió toda la familia.

— ¿No sabeis que desea ser monja? pues yo sí: ¡de algo me ha de servir el haberlos casi criado! añadió con un orgullo de inocencia. Casilda desea ser religiosa y

yo lo sé: será una santa que pedirá por todos nosotros.

Después de aquellas palabras nadie volvió á hacer observaciones, y los preparativos de la boda se activaron todo lo posible.

A pesar de la cariñosa insistencia de Marcial, Teresa no quiso tomar mas que diez pesos del escaso caudal que ya quedaba á su padre, los que empleó en hacerse un vestido de lana negro y dos de pereal, además de los que ya tenia á medio uso.

Estas fueron las galas de la inocente novia.

Márcos, cuyo afán de dar no se saciaba nunca y que era magnífico como un emperador, le regaló una hermosa cruz de oro: sus hermanos le compraron un collar y unos pendientes de piedras blancas engastadas en plata, y Marcial le dió el rosario con que rezaba su madre cada noche.

Las muchachas mayores, á pesar de ser muy buenas y de querer mucho á Teresa, pusieron mal gesto al ver esta distincion: hubieran deseado dividir el rosario para todas.

— Hijas, les dijo Marcial; mientras vosotras festejábais con los que hoy son vuestros maridos y os calentabais en la lumbre de la cocina, la pobre Teresa, bien chiquita aun, bregaba con los pequeños, que cuando se enfadaban la tiraban del pelo y la hacian beber la toca; Lázaro la tiene dado mas cachetes que bocados de pan ha comido; la pobrecita pasaba el sino, y vosotros la dejábais con la carga: vuestra madre jamás supo castigaros ni obligaros á nada, yo tampoco; pero nos llegaba al alma la mala vida de la pobre niña: así es que vuestra madre me decía muchas veces: — Cuando se case Teresa le daré mi rosario que es lo que mas estimo, porque bien lo merece.

¡Santa piedad de la aldeana que veía en su rosario la joya de mas valor y el mas rico don para su hija!

Las muchachas callaron avergonzadas.

Pocos dias después se efectuó la boda tan alegre y tan ruidosa, que durante muchos años fué nombrada en diez leguas á la redonda.

Los novios se fueron á la casita que habia habitado Isabel Garcia con su hijo cuando la miseria les acosaba con tanta crueldad.

La casita estaba limpia y primorosa y era de las mayores de la aldea: tenia su pedazo de huerto, su establo, su corral, y en el patio la cocina: subiendo una escalerilla de tierra habia dos salas una dentro de otra, y un cuartito separado.

Teresa fué tan fecunda como su madre; tuvo en doce años diez hijos: su casta y suave belleza se fué agostando; pero jamás pudo desaparecer del todo, y aquel rostro que habia sido encantador, pasó á ser agradable y siempre gracioso y expresivo.

Poco después de casarse Teresa agobiaron á Marcial algunos disgustos. Casilda entró religiosa á la tierna edad de quince años, y el anciano lloró tanto como si se hubiera muerto. Márcos dió tanto y con tan poca prevision, que se vió reducido á una medianía muy cercana á la pobreza, y Mariquita, la menor de sus hijas, empezó á padecer accidentes, á causa de los frecuentes disgustos que tenia con su novio.

Una mañana entró Isabel trémula y azorada en casa de sus hijos.

— ¿Qué sucede, madre? preguntó Pascual; ¿porqué viene Vd. tan descolorida y alterada?

Teresa dejó sus faenas y se acercó presurosa con una silla que ofreció á la madre de su esposo.

Isabel se sentó con desaliento y echó á llorar desconsoladamente.

— ¡Madre! ¿que le pasa á Vd.? preguntó á su vez Teresa.

— ¡Ay, hija! respondió la buena mujer; á mí no me pasa nada; pero tu pobre padre está desesperado.

— ¿Pues qué ocurre? volvió á preguntar Teresa que se iba poniendo trémula y descolorida: ¡si le vimos anoche!

— José...

— ¿Ha sacado mal número?

— ¡El dos!

— ¿Luego es soldado?

— ¡Sí, hijo! prosiguió Isabel dirigiéndose á Pascual: esta es la ocasion de hacer ver que eres agradecido; es preciso que le compres un sustituto á tu hermano... es preciso... tu padre es viejo... ya ves, los dos últimos hijos que le quedan son para purgatorio... Mariquita con sus eternas rabias con Colas y sus pataletas, y el no querer dejar esos amores: José, en quien tenia todas sus esperanzas, ¡soldado!... no, eso no puede ser... y á no tener corazon de roca, no lo consentirás... porque nuestra biehechora... lloraria, aunque está en el cielo!

— Madre, respondió Pascual; por mí, aunque nos quedemos en la calle compro un hombre para José; pero ya ve Vd. Teresa... tenemos tres hijos y en vispera de otro... si ella no pone reparos, por mí está hecho.

— ¡Ay, Dios mío! exclamó Teresa de cuyos ojos siempre dulces y modestos brotaban gruesas lágrimas. ¡Dios sabe lo que yo quiero á mi padre!... ¡tan bien como se ha visto y ahora á la vejez, pobre!... ¡pero yo tambien tengo hijos, y eso es quedarnos en la calle! ¡madre, ya sabe Vd. que en lo que hemos podido hemos sido el paño de lágrimas de todos!... nosotros somos pobres... para redimir á José; tenemos que vender la viña... lo último que nos queda... y la hemos comprado con los aborros de ocho años, y gracias á que este pobre ha ganado jornal y medio cada dia.

— ¿Y tu padre? exclamó Isabel con valor; ¡tu padre tan bueno para todos vosotros, y sobre todo para ti, que has sido siempre su ojo derecho! Yo no puedo trabajar,

y si le falta José, que es el que gana para los dos y para Mariquita, ¿quién le mantendrá?

— Nosotros, dijo Teresa; partiremos lo que haya; eso es muy justo.

— ¡Eso es! ¡y además teneis que cargar con Mariquita que tiene ese genio tan malo!... ¡y conmigo!... ¡Y sobre todo tu padre tiene que salir de su casa, de la casa en que ha muerto su mujer y han nacido sus hijos! ¿Sabes tú lo que es para un viejo decir *mi casa*?

— Usted, madre, nos dió *la suya*, dijo Pascual con ternura.

— ¡Yo hacia falta en otra, y esa otra era por lo mismo algo mia! ¡pero tu padre se dirá que en todas está de sobra, que en ninguna hace falta, y se morirá!

— No se hable mas, dijo Teresa. Pascual, ve á decir al tío Romo que la viña es suya; y al alcalde al momento con el dinero; mi padre debe ser antes que mis hijos.

— ¡Ay, hija mia! ¡esos hijos te pagarán algun dia lo que hoy haces! Ya lo verás.

Y la buena mujer abrazó á su nuera y corrió á consolar á Marcial.

José fué libre; pero Pascual y su familia quedaron pobres: era padre de tres hijos. Benito, el mayor, contaba seis años; cinco el segundo, que se llamaba Juan, y dos la tercera, que era una bonita niña llamada Felicianita: los demás niños se habian muerto.

Pascual con el corazon alegre y la conciencia tranquila, se dispuso á trabajar de nuevo, y solo una cosa le entristeció durante algunos meses. El haber dado á luz Teresa un niño muerto.

(Se continuará.)

Los hermanos Schlagintweit

Y SU VIAJE CIENTIFICO A LA INDIA.

(Segundo artículo. — Véase el nº 580.)

Llegamos á la parte mas importante de la obra de los hermanos Schlagintweit, la relativa al Himalaya, al Tibet y al Turkestan. Sabido es que estas son las regiones mas elevadas de nuestro globo, y que las cordilleras de montes que las surcan alcanzan una altura sin igual; sus picos principales cuyo diseño geográfico dejamos publicado en nuestro número 580, tienen en efecto hasta 29,000 piés ingleses, es decir, mas de 7,000 metros.

Las observaciones y descubrimientos hechos por nuestros viajeros en esa parte del Asia son numerosos y de la mayor utilidad. Los cálculos hipsométricos que han recogido forman un tomo abultado, y las alturas que han determinado llegan á unas cuatro mil. Puede decirse que de este viaje arranca la fecha del verdadero conocimiento geográfico de ese pais, y en presencia de un celo tan incansable, preciso es admirar la energía que presta al hombre el amor á la ciencia.

Hasta entonces se habia creído que la separacion de las aguas entre la India y el Asia central se hacia por la cresta del Kuentuen, cordillera de montañas que Humboldt describió por la primera vez, pero que ningun europeo habia visto antes de los hermanos Schlagintweit. Estos últimos han reconocido que esa cresta, aunque muy elevada, no es la principal: por el pronto tuvieron que atravesar una cordillera casi paralela al Himalaya, el Karakorum, adonde llegó el doctor Thomson en 1849, aunque sin pasarla. Este descubrimiento cambia pues completamente todos los sistemas conocidos hasta el dia sobre la separacion de las corrientes de agua de esos paises, lo que es de un alto interés para la ciencia.

Los tres picos mas elevados que hemos reproducido, el Gaurisankar, el Dapsang y el Kanchinjinga, están copiados del inmenso panorama en cuatro hojas del Atlas publicado por los hermanos Schlagintweit. Este panorama ofrece el perfil completo de la cresta del Himalaya, del Bhutan hasta el Kabul, y además el del Karakorum á partir del Panjab hasta el Turkestan, atravesando el Tibet con sus diversas planicies y todas sus depresiones.

Los hermanos Schlagintweit no se aplicaron solamente á determinar la posicion, el aspecto pintoresco y la naturaleza geológica de las cordilleras que exploraban, sino que trataron tambien (lo que lograron á costa de muchos esfuerzos y trabajos) de dar á los diferentes picos que ellos descubrieron en cierto modo, los nombres que en realidad les convenian, esto es, los nombres usados en el mismo pais. Para esto tuvieron que interrogar á los indigenas, cuyos idiomas se multiplican á lo infinito, y gracias á las noticias que por este medio recogieron, pudieron componer su *Glosario geográfico*.

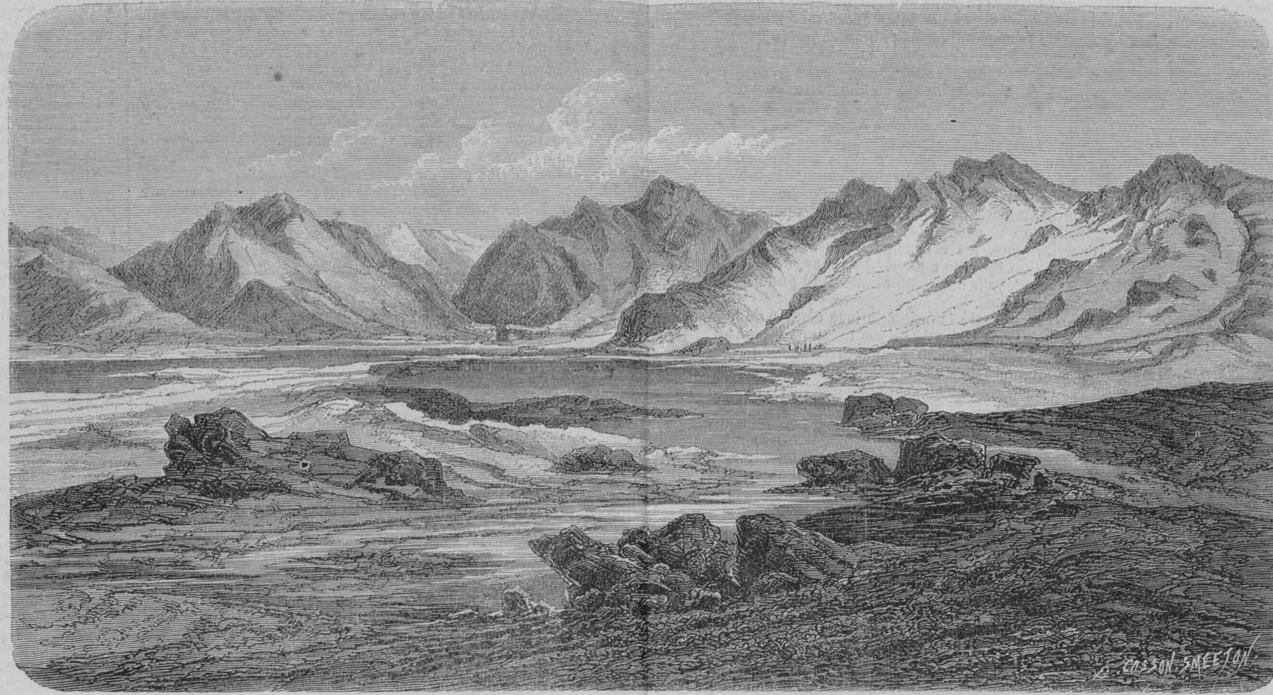
Por esos señores sabemos hoy el nombre verdadero del pico mas alto del Himalaya, el Gaurisankar, situado en la parte oriental del Nepal. El coronel Wagh habia señalado ya este monte como el mas alto, pues no habiendo podido llegar á conocer su nombre en los llanos del Indostan desde donde le midió, le llamó *Monte Everest*. En el dia todos conocen la nueva denominacion, que hasta se usa en la enseñanza universitaria.

Una superficie tan vasta como en la que se extiende el Himalaya debe presentar los aspectos mas variados. Estos aspectos han recordado á nuestros viajeros aquellos que habian encontrado en las altas regiones alpestres, pero con distintas proporciones: valles hasta perderse de vista, precipicios sin fondo, crestas cubiertas de nieves eternas y que parecen tocar al cielo: la inmen-



sididad sin límites. Y en medio de todo se descubre de repente una naturaleza risueña, graciosa, con Cachemira en el centro. Las márgenes del lago de Cachemira (véase el número 380) contiguo a la gran ciudad de este nombre, contribuyen por mucho a la celebridad de esta región, cuya hermosura y pintorescas riquezas son incomparables. En la vista que hemos publicado se distingue el fuerte Srinagar, elevado sobre el monte Takht-i-Suleinain, y detras están las primeras casas de la capital. En el fondo se destacan las crestas del Pir-Panjál, cordillera de montañas de una altura media de 15,000 pies ingleses. El lago es poco profundo, y así es que aparecen sobre la superficie de sus cristalinas y azuladas aguas numerosos espacios de yerba siempre verde; en cuanto a lo que llaman jardines flotantes, no son mas que

CHOICHONG GYALPO, Dios de la astrología y protector de los hombres contra los espíritus malignos.



VIAJE A LA INDIA DE LOS HERMANOS SCHLAGINTWEIT. — Lago salado de Kiuk Kiok en el valle de Karakash (Turkestan).

unas balsas cubiertas de tierra que tienen convertidas en plantales de plantas de vergel.

¡Que contraste entre este paraíso y la región de un lago salado! El Kiuk-Kiok, el mas característico de todos, se halla situado en el valle de Karakash (Turkestan) que baja hacia el Norte de la cresta del Karakorum. Los hermanos Schlagintweit han explorado minuciosamente esta comarca. Las orillas de este lago están cubiertas de una yerba raquítica y escasa: las pendientes de los montes presentan a la vista una arena menuda y abundante, que recuerda las capas de nieve de las otras regiones. En la garganta que se halla en el centro y que parece un pórtico sobre el lago, se descubre un río que viene del Norte saliendo de las alturas del Changchenmo, y cuyo cauce es mas hondo que el nivel del lago.



Sentencias religiosas y figura de caballo aéreo.



Picos y ventisqueros de Sasser en Nubra (Tibet).

La naturaleza salina de estos lagos ha sido atribuida en un principio á la solución de capas de sal ordinaria ó á una acumulación de sal análoga á la que existe en el mar. Por informes bastante recientes se ha reconocido que la transformación del agua dulce de esos lagos en agua salada se operó en una época no muy remota, y que provino de la evaporación que se produce en abundancia en el clima tan seco del Tibet. Los hermanos Schlagintweit, los primeros que han visitado esas comarcas llevando consigo instrumentos de química, han hecho constar de un modo irrefutable, que las sustancias salinas de esos lagos no eran otras que las sales ordinarias de agua dulce, aunque alcanzando aquí un alto grado de concentración. Quedaba por aclarar un punto, y era el de saber porqué esa evaporación había comenzado en una época tan reciente, y hé aquí la explicación que dan esos señores. En el Himalaya y en el Tibet el cauce de los ríos es mucho más profundo que en las regiones más lejanas de los trópicos. Los dos fenómenos naturales que de esto resultan son, primero, la ausencia de saltos de agua, y además la existencia en todo el Himalaya de uno ó dos lagos no más, y en el Tibet la de cierto número de cuencas de lagos completamente vaciados por la embocadura del río que los cruza, y por último, la de otras cuencas que no contienen ya sino una cantidad de agua poco importante. M. de Schlagintweit ha reconocido que estas últimas cuencas sufrían el efecto de la evaporación, que las aguas disminuían gradualmente, y que las sales principiaban á acumularse desde que el nivel del lago había bajado hasta un punto en que ningún río podía ya salir de él; lo que no extrañará á nadie si se tiene presente que los cauces de los ríos alcanzan, como hemos dicho, una profundidad excepcional, que es á menudo de 1,800 piés, y que en el Himalaya proviene de la cantidad extraordinaria de lluvia que allí cae, y en el Tibet de la naturaleza friable del terreno.

¿De dónde proviene la naturaleza salada de las aguas de estos lagos? Proviene sin duda alguna de depósitos, antiguos ó recientes, de sal mezclada con las aguas dulces que alimentan á estos lagos. Los hermanos Schlagintweit han observado que las cuencas cuyas aguas habían cesado de derramarse en los ríos, eran las que principalmente ofrecían un grado de concentración salina más considerable, y que la simple evaporación bastaba para explicar este fenómeno. Puede ser así, pero las aguas deben haber tomado en su trayecto los elementos salinos de que se han despojado más tarde, ó bien existen en el mismo fondo de esos lagos vastos depósitos cuyo origen no es del caso discutir aquí, y cuya disolución ha desnaturalizado la constitución primitiva de las aguas que á ellos tocaban. Lo cierto es que en Francia, la evaporación de un lago cualquiera de agua dulce no daría lugar á un sedimento salino perceptible, excepto sin embargo en el litoral.

Viajeros que han recorrido el Egipto y la Nubia han visto en medio del desierto á distancias considerables de la mar, aguas salobres á la superficie y á cierta profundidad del terreno. Esos islotes de tierra vegetal que llaman oasis no tienen otra agua. Es la única bebida del viajero, y esto no obsta para que la flora sea de una riqueza y de una variedad extraordinaria. Hé aquí cómo se explica este fenómeno: cada tarde y durante toda la noche hasta la salida del sol, abundantes rocios se depositan sobre las arenas del desierto, y cuando amanece la niebla se disipa, una parte penetra en los intersticios de la arena, y otra se condensa y forma una capa cristalina que permanece en la superficie. Esta capa no es más que sal que al primer rocío de la tarde se disuelve y da lugar á una nueva cristalización bajo el influjo de los primeros rayos del sol del otro día. La naturaleza del suelo inferior determina la dirección, la cantidad, el punto de detención del agua, y consecuentemente la formación de un oasis.

No ignoramos que el Tibet es la región del Asia central más elevada del globo, que la cordillera del Himalaya se compone sobre todo de granito y de gneiss, y allí hay azufre, alumbre, cobre, plomo, hierro, antimonio, bórax, sal de roca, etc., etc.; pero el Egipto no es menos rico en granito, alumbre, azufre, sal fósil, salitre, etc. ¿Existe alguna analogía entre los fenómenos observados por los hermanos Schlagintweit en el Tibet y los que acabamos de señalar en el Egipto tocante á las aguas salobres? Sin hacernos jueces en la cuestión pasamos adelante.

En una de las últimas sesiones de la sociedad geográfica de Londres donde se ha tratado la cuestión de la existencia de los lagos en el Tibet y de su ausencia en el Himalaya, se ha supuesto que la existencia de los lagos del Tibet era debida á que en el tiempo de la acumulación de los residuos en los valles, los lagos estaban llenos de ventisqueros ó que al menos su superficie estaba helada, en tanto que no sucedía lo mismo en el Himalaya, y que las cuencas habían podido llenarse así con los residuos acarreados por las corrientes de agua.

Otra particularidad de estos lagos es la transparencia de las aguas; esta transparencia, mayor que la de las aguas dulces, puede atribuirse á la calma completa en que se hallan siempre, á la cantidad casi insignificante de materias sólidas que tienen en suspenso, y también á la concentración de sus materias salinas. Herman de Schlagintweit empleó en sus viajes un instrumento tan sencillo como ingenioso, á cuyo beneficio se daba cuenta exacta de la transparencia de las diversas sabanas de agua que exploraba. Este instrumento era una especie de cilindro plano de mármol blanco de seis centímetros de diámetro y de un decímetro de altura que hacía bajar al agua con una cuerda medida de antemano, hasta que

cesara de estar visible. La mayor transparencia anotada por él es la del mar de las cercanías de la isla de Corfú: la piedra llegaba allí sin desaparecer hasta una profundidad de diez y seis metros. En los lagos más salados del Tibet obtuvo hasta quince metros, en tanto que en los mares de los trópicos no halló generalmente más de diez metros. En los ríos de la India, el Ganges, el Brahmapoutre, el Indus, que acarrear tan grande cantidad de materias vegeto-animales, la piedra por lo común se hacía invisible en cuanto había bajado á doce ó quince centímetros. Siguiendo á nuestros viajeros llegamos á las regiones de los ventisqueros y de las nieves eternas. Para esto necesitaron un valor, una fuerza de voluntad, y pasar trabajos de que no puede dar ni la más ligera idea una ascensión á los Alpes. El inmenso enrarecimiento del aire no era uno de los menores obstáculos que tenían que superar. Además, estando completamente inexploradas hasta entonces esas altas regiones, nuestros viajeros no contaban con guías experimentados, como se hallan en los Alpes, y ni siquiera poseían noticias recogidas de antemano.

« Sufrimos, dicen, todos los efectos ordinarios del enrarecimiento del aire, opresión, escupitajos de sangre, ausencia de apetito, náuseas, debilidad de los nervios; todos estos síntomas no se agravaban con el frío, pero notamos que no sucedía lo mismo con el viento, y con frecuencia cuando estábamos tendidos bajo nuestras tiendas, nos despertaba una fuerte opresión ocasionada por la brisa que se levantaba, y por ligera que fuese aun. ¡Cuántas veces en esas alturas de 17,000 piés, el viento nos ha quitado toda posibilidad de tomar algunos alimentos! El apetito no renacía hasta que el aire había vuelto á entrar en calma. Hablar era para nosotros un trabajo de los más penosos, y sin embargo, teníamos que animar incesantemente con nuestras palabras á los de nuestra comitiva, quienes rendidos de cansancio se dejaban caer sobre la nieve declarando que no querían seguir adelante. Entonces era preciso probarles que encontrarían el reposo eterno si se paraban, y debíamos apelar á toda nuestra elocuencia para convencerlos.

» Gay-Lussac en su globo, Glaisher y Coxwell se han elevado á alturas superiores á las que hemos llegado nosotros, pero el corto tiempo que han pasado en esas elevadas regiones de la atmósfera no les ha permitido como á nosotros, que hemos pasado mucho, el estudiar todos los efectos producidos sobre una organización humana.

El ventisquero que aquí reproducimos se extiende más abajo de las regiones nevadas, al ejemplo de todos los ventisqueros que se forman, como es sabido, de masas sólidas de hielo que á menudo descienden aun más abajo de las regiones habitadas. Estamos ahí en las regiones del globo donde el límite de las nieves es más alto; pues alcanza, en efecto, 19,400 piés ingleses sobre las pendientes meridionales, y 18,600 sobre las del Norte, en tanto que en el Himalaya no pasa de 16,800 piés, y en los Alpes solo tiene una altura media de 9,000 piés ingleses.

H. C.

(Se concluirá.)

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

CAPITULO IV.

CALMA EN MEDIO DE LA TEMPESTAD.

El doctor Manette estuvo cuatro días ausente.

Después de encargar el secreto á M. Lorry, lo cual no era necesario, el doctor contó á su amigo que la turba de asesinos que le había conducido desde el palacio á la Force, había entrado en la cárcel para pasar á cuchillo á los presos de toda edad y sexo; que había encontrado allí un tribunal que juzgaba por su propia autoridad, y que los acusados comparecían uno tras otro ante los jueces, los cuales después de un breve interrogatorio, daban orden de poner en libertad al preso ó de matarlo, y lo que era más raro, de volverlo á su calabozo. Presentado á este tribunal por los que le habían conducido, M. Manette había declarado su nombre, su título y su cualidad de antiguo preso de la Bastilla, donde había pasado diez y ocho años sin previa formación de causa. Uno de los miembros del tribunal popular había confirmado estas palabras, y en este juez improvisado había reconocido el doctor al ciudadano Defarge.

Después de compulsar los registros que había sobre la mesa, y cerciorándose el antiguo preso de que su yerno no había sido ejecutado por los asesinos, abogó con entusiasmo por él delante del tribunal, y los jueces, de los cuales algunos estaban dormidos y otros despiertos, estos en ayunas y aquellos ébrios y manchados de sangre, le escucharon con benevolencia, y en medio de los transportes de entusiasmo que había excitado como mártir del sistema derrocado, se accedió á su demanda, á saber: que el preso Evremont fuera presentado ante el tribunal para ser interrogado inmediatamente.

Carlos Darnay había sido declarado inocente é iba á recobrar la libertad, cuando por una circunstancia inexplicable para M. Manette se contuvo de pronto la corriente que estaba en favor del preso.

Los individuos del tribunal se habían reunido en conferencia secreta, y el que presidía anunció al doctor que era imposible poner en libertad al acusado, pero que en consideración á los méritos de su suegro, dicho Evremont era declarado inviolable.

Y á una seña del presidente condujeron otra vez á Carlos á su calabozo.

El doctor solicitó entonces el favor de velar por su yerno, para cerciorarse por sí propio de que por una equivocación no fuera entregado á los verdugos, cuya furiosa gritería penetraba en el salón y confundía la voz de los jueces. Y habiendo obtenido lo que pedía, se había visto precisado á no salir de aquel edificio manchado de sangre hasta que pasó el peligro.

No describiremos las escenas espantosas de que el doctor fué testigo durante aquellos tres días, en el trascurso de los cuales apenas tomó alimento ni pudo dormir algunos instantes.

Cuando se restableció el orden, la loca alegría de los presos que se habían salvado de los asesinos asombró casi tanto á M. Manette como la locura furiosa de que habían sido víctimas los que yacían en el sueño eterno. Entre otras cosas que habían excitado su sorpresa, contó á M. Lorry que un preso, restituido á la libertad, había sido herido por equivocación de una puñalada al salir de la cárcel, y que habiéndole llamado para asistir á aquel desgraciado, lo había encontrado en los brazos de un grupo de patriotas sentados sobre un montón de cadáveres. Con una inconsecuencia no menos extraordinaria que todos los actos de aquella abominable pesadilla, los asesinos habían auxiliado á M. Manette á hacer la curación y prodigado los más tiernos cuidados al herido, y mandando traer una litera, le habían colocado en ella con precauciones infinitas para trasladarle á un lugar seguro rodeado de una escolta que velaba por él con solícitud. Aquellos hombres frenéticos volvieron entonces á empuñar las armas, y continuaron la matanza con tanta ferocidad, que el doctor había llegado á desmayarse en medio de un charco de sangre.

Mientras escuchaba estos horribles detalles con la mirada fija en el rostro del doctor, el banquero pensó estremeciéndose que semejantes pruebas podían conmover nuevamente las facultades intelectuales de su amigo. Sin embargo, M. Manette, á pesar de sus sesenta y dos años, no le había parecido dotado nunca de tanta energía física ni de tanta fuerza moral.

En efecto, el doctor pensaba por vez primera en su antiguo martirio para felicitarse por él, y no deploraba ya aquella época de padecimientos en que había forjado la palanca que abriría la cárcel de Carlos y le permitiría salvar al esposo de su hija.

— Ya veis, dijo, cómo debían servirme algún día mis desgracias, y que no era todo desastre y ruina en el pobre zapatero. Mi hija adorada me restituyó á la vida y á la razón, y yo le restituiré ahora la parte más querida de su ser. Estad seguro, amigo mío, de que lo conseguiré.

El banquero, al ver su mirada firme, sus facciones tranquilas y su actitud resuelta, no pudo menos de creer lo que decía aquel hombre cuya vida parecía haberse parado como el movimiento de un reloj, y que recobraba de pronto su primitiva actividad.

Mayores dificultades que las que tenía que combatir habían cedido ante los esfuerzos constantes del doctor. Mientras ejercía la medicina y prestaba sus cuidados á los que los reclamaban, ora fuesen libres ó cautivos, ora ricos ó pobres, inocentes ó culpables, M. Manette empleó con tal acierto su influencia, que no tardó en conseguir la plaza de médico-inspector de tres cárceles, una de las cuales era la Force. Pudo entonces anunciar á su hija que Carlos había salido del calabozo y se encontraba con los presos en la sala común.

Cada ocho días al pasar la visita veía á su yerno y enviaba á Lucia algún dulce mensaje del preso. Algunas veces la pobre joven recibía una carta de su marido por conducto de su padre, pero no le era permitido contestar á estas líneas preciosas, porque de todos los presos de quienes se sospechaba que conspiraban contra el pueblo, los emigrados eran los que excitaban más vivamente la ira de los patriotas, especialmente aquellos á quienes se acusaba de tener correspondencia, ya con sus amigos, ya con sus familias.

Es verdad que el nuevo género de vida del doctor no estaba exento de inquietud y de fatiga, pero M. Manette, lejos de desanimarse, desplegaba mayor fuerza y valor, y el buen M. Lorry creyó descubrir que en los sentimientos que sostenían á su amigo predominaba un noble orgullo, digno á la par que puro, que parecía al anciano muy natural y cuyos efectos inesperados observaba con alegría.

El doctor sabía que hasta entonces el recuerdo de su cautiverio se asociaba en el ánimo de su hija y de su amigo al doloroso estado en que le había puesto la cárcel; pero en la actualidad se creía por el contrario revestido por sus antiguas desgracias de una fuerza que constituía toda su esperanza. Exaltado por este cambio de papeles que le hacía á su vez protector de los que habían sostenido su debilidad, marchaba con paso firme é infundía á los demás la confianza que tenía en sí propio. El era pues quien consolaba y alentaba á su hija, quien la salvaba de la desesperación, y sentía tanto orgullo como alegría al prestar un servicio en cambio de los que le había prestado ella en otro tiempo.

— Es muy curioso lo que veo, pensaba M. Lorry; sin embargo, es muy justo. Conducios y obrad como mejor os parezca, querido doctor, porque ahora os pertenece la iniciativa.

Pero á pesar de todos sus esfuerzos y de toda su per-

severancia, el doctor Manette no pudo conseguir la libertad de Carlos, ni que siguiese los trámites regulares su proceso: la corriente de los sucesos era demasiado rápida y poderosa para que fuera fácil dominarla.

Principiaba la nueva era: el rey había sido procesado, y la república una é indivisible, sola contra la Europa armada, se levantaba para vencer ó morir. La bandera negra ondeaba en las torres de Nuestra Señora, y trescientos mil hombres, llamados contra los tiranos, salían de todos los puntos de la Francia, como si los dientes del dragon de la fabula, sembrados á manos llenas, bubieran igualmente fructificado en las ciudades y en las aldeas, al sol ardiente del Mediodía y bajo el cielo nebuloso del Norte, en los bosques y en las llanuras, entre las viñas y los olivares, las praderas y las chozas, en las fértiles orillas de los rios y en la arena de las playas. ¿Qué interés privado era bastante fuerte para hacerse oír en medio de este alzamiento general, de este diluvio procedente de la tierra y no del cielo, cuyas salidas estaban cerradas para todos?

No había vacilacion, piedad ni reposo. El tiempo no existía ya; los días y las noches podían girar en su círculo ordinario, y traer como siempre la mañana y la tarde; pero no se contaban ya las horas, y se había perdido la medida del tiempo en medio de la fiebre ardiente que se apoderaba de un pueblo.

De pronto, rompiendo el silencio insólito de la ciudad, el verdugo presentó la cabeza del rey á los ojos de la multitud, y pareció que casi al momento enseñaba también la hermosa cabeza de la reina, cuyos cabellos habían encanecido ocho meses de viudez y de miseria.

Y sin embargo, en virtud de una ley cuyos efectos contradictorios se observan en semejante caso, el tiempo adquiría una duracion tanto mayor en cuanto parecía más rápida su fuga. Un tribunal revolucionario en Paris; cuarenta ó cincuenta mil comités revolucionarios esparcidos sobre toda la superficie del territorio; una ley de sospechosos que amenazaba la libertad y la vida de todos y entregaba la inocencia y la honradez á merced del furor y del crimen; las cárceles inundadas de individuos no culpables y que no podían alcanzar que fuesen oídas sus quejas: tal era el orden de cosas vigente, y su aplicacion parecía antigua aunque todo lo mas contaba algunos meses de existencia. Finalmente, dominándolo todo, una horrible figura, la guillotina, desconocida algun tiempo antes, era tan familiar á todas las miradas como si hubiese existido desde la creacion del mundo.

La guillotina servía de tema á los chistes populares: era el remedio mas eficaz para curar el dolor de cabeza, un cosmético infalible contra las canas, el barbero que afeitaba con mas destreza, y el que abrazaba la guillotina, miraba por la ventana y despues estornudaba en el saco.

La guillotina había llegado á ser el signo de la recondicion humana y reemplazaba al crucifijo; pequeños modelos de este instrumento libertador adornaban los pechos, de donde había desaparecido la cruz, y se le rendían los homenajes que se negaban á Jesucristo.

La guillotina hizo derramar tanta sangre que el terreno que la sostenía se empapó y se pudrió la madera, y cuando cayó á pedazos como el juguete del hijo del demonio, fué reconstruida y colocada en el paraje que exigía la ejecucion del día.

Continuó su obra sangrienta sin consideracion á la elocuencia, al poder, á la virtud ni á la hermosura, y veinte y dos amigos que merecian el aprecio público, veinte y un vivos y un muerto fueron decapitados una mañana á razon de minuto por cabeza.

El nombre del Hércules hebreo había descendido al funcionario que presidía estas ejecuciones rápidas, pero el verdugo era mas fuerte que su antiguo homónimo y no menos ciego, pues destruía todos los días las columnas del templo cuyos restos esparcía.

En medio de estos actos sanguinarios y del terror que por todas partes infundían, M. Manette seguía su marcha sin desfallecer, confiando en su fuerza y sin dudar un solo instante de la influencia que debía salvar al marido de su hija. Quince meses habían trascurrido desde su primer esfuerzo, quince meses de lucha inútil sin que asomase en su alma el desaliento. La rabia de los verdugos había llegado á ser tan violenta y tan perverso su delirio, que en el mes de diciembre á que hemos llegado en nuestra historia, mas de un río se inundaba de cadáveres, porque se arrojaban á sus aguas las víctimas en masa para no cansar la mano del verdugo, y en muchos puntos los prisioneros formados en hilera ó en cuadro caían bajo las balas.

El doctor conservaba sin embargo su firmeza. Nadie era mas conocido en Paris que M. Manette, ni nadie se había formado una posicion mas extraña. Humano y silencioso, indispensable en la cárcel como en el hospital y haciendo uso de su ciencia en beneficio de los asesinos lo mismo que de las víctimas, era un hombre extraordinario. Su título de antiguo preso de la Bastilla hacia de él un ser excepcional que podía ir á todas partes, y nadie le preguntaba, y se le consideraba como un hombre que hubiera vivido entre los muertos, y que al volver del otro mundo, fuera un puro espíritu errante por la tierra.

CAPITULO V.

EL SERRADOR.

Durante estos quince meses Lucía no había abrigado un solo instante la certeza de que su marido no sería guillotinado el día siguiente. Los carros mortuorios car-

gados de víctimas pasaban todos los días por las calles, y jóvenes graciosas, mujeres brillantes de cabellos negros y de cabellos canos, niños y ancianos, nobles y plebeyos formaban el vino rojo que se sacaba todas las mañanas de las bodegas de la cárcel para apagar la sed devoradora del monstruo.

¡Libertad, igualdad, fraternidad ó muerte!
¡O guillotina! La última es mas fácil de dar que las otras tres.

Si Lucía hubiera esperado en la inaccion el fin del drama que tenía suspensa su vida, habría participado de la suerte de muchos infortunados á quienes anonadaba la desesperacion; pero desde el momento en que en la guardilla de San Antonio había reclinado sobre su corazón la canosa cabeza del preso, había permanecido fiel á sus deberes, y en esta nueva prueba continuaba cumpliéndolos con igual valor que en otro tiempo.

Desde que se instaló en su nueva habitacion lo dispuso todo con tanto orden y tan buen gusto como si Carlos estuviese á su lado; cada objeto ocupó su puesto y cada hora del día tuvo su empleo particular. Las lecciones de la tierna Lucía fueron tan regulares como si no hubiera partido de Londres, y lo único que revelaba su dolorosa inquietud era el cuidado que tenía en engañarse á sí misma manifestando la creencia de que muy pronto estarían reunidos. Todas las mañanas hacia preparativos para recibirle, acercaba la silla que le destinaba, ponía en la mesa los libros que prefería, y si en el momento de acostarse dirigía al cielo una oracion ferviente por los que estaban amenazados de muerte, no se confesaba que rezaba por su marido.

Ni siquiera podía decirse que hubiese cambiado mucho; los vestidos sencillos y de color oscuro que llevaba así como su hija, estaban tan aseados como los trajes mas brillantes con que en otro tiempo se adornaba, y aunque estaba pálida, aquella expresion tan profundamente reflexiva, que en ciertas circunstancias había dado á sus facciones una gracia tan notable, no se borraba ya como en otro tiempo, sino que siempre era bella y graciosa. Algunas veces, al abrazar á su padre por la noche, prorumpía en llanto y le decía al través de sus sollozos que había perdido ya la esperanza.

— No temas, le respondía el doctor con el acento de la firmeza y la conviccion, no puede sucederle desgracia alguna sin que yo lo sepa. Estoy seguro, hija mia, de que le salvaré.

Apenas hacia cuatro meses que estaban en Paris cuando un día dijo M. Manette á su hija al retirarse á su casa:

— Tengo que darte una buena noticia; hay en la cárcel una ventana alta á la cual puede llegar Carlos á ciertas horas sin ser visto.

— ¿A qué horas, padre mio?

— A las tres de la tarde. Cuando se lo permitan, lo cual depende de diversas circunstancias, podrá veros á ti y á tu hija, si estais en la calle en cierto paraje que no es difícil indicarte; pero tú no podrás verle, querida Lucía, y si por una casualidad lo consiguieras, no olvides que sería peligroso hacerle señas.

— Me dirás dónde está ese sitio, padre querido, é iré todos los días.

Desde aquella época acudió á la cita en todas las estaciones y permanecía dos horas. Cuando no hacia frío ó demasiada humedad, se llevaba consigo á su hija, pero de lo contrario iba sola, y solo faltó un día.

Este sitio era el ángulo de una callejuela oscura, sucia y tortuosa. La única morada de este rincón desierto era una barraca donde vivía un hombre que serraba madera, y lo restante lo formaba una pared alta, al menos hasta donde alcanzaba la vista.

La tercera vez que Lucía acudió á la cita llamó la atencion del serrador.

— ¡Buenas tardes, ciudadana! le dijo.

— Buenas tardes, ciudadano.

Esta manera de saludar estaba prescrita por un decreto. Admitida al principio por los patriotas mas celosos, pero voluntariamente, había llegado despues á ser obligatoria.

— ¿Otra vez por aquí, ciudadana?

— Ya lo veis, ciudadano.

El serrador, un hombrecillo de aspecto vulgar (en otro tiempo era caminero) dirigió una mirada á la cárcel, la designó con un ademán de cabeza, y colocándose los diez dedos sobre la cara como representando una reja, miró sonriendo al través de sus barrotos simulados.

— Al fin y al cabo ¿qué me importa á mí? dijo para sí. Y nuestro hombrecillo, que en otro tiempo llevaba un gorro azul, continuó con ardor su interrumpido trabajo.

El día siguiente acechó á Lucía, y le dijo luego que llegó:

— ¿También vienes hoy, ciudadana?

— Sí, ciudadano.

— Y con una niña. ¿Es tu madre, ciudadanita?

— ¿Debo responder, mamá? dijo en voz baja la niña acercándose con miedo á su madre.

— Sí, ángel mio.

— Sí, ciudadano; es mamá.

— Ya me lo figuraba. Pero ¿qué me importa á mí?

Lo que importa es trabajar. ¿Ves esta sierra? La llamo mi pequeña guillotina. ¡La, la, la, la... plan! ya ha cortado otra cabeza.

El trozo de madera cayó al pronunciar estas palabras, y recogiendo lo arrojó en un cesto.

— Soy el Sanson de la madera. Vais á verlo. ¡Frau! frau! frau! frau! Es la cabeza de la mujer. Ahora le toca á la hija: fric! fric! fric! Ha caído toda la familia.

Lucía se estremeció al ver arrojar en el cesto los dos

trozos que añadía á los demás, pero no era posible acudir á la cita cuando aquel hombre trabajaba sin hallarse á su lado. Una indiscrecion podía perderla, y como era necesario que se granjeara el aprecio del patriota, era la primera en dirigirle la palabra, y hasta le daba con frecuencia algunas monedas que se apresuraba el serrador á ponerse en el bolsillo.

El buen hombre era indiscreto por carácter, de modo que cuando Lucía, olvidando su presencia, había mirado los tejados y las rejas de la Force, enviando toda su alma al preso, encontraba al serrador con los ojos clavados en ella y con la sierra inmóvil en la madera.

— Pero ¿qué me importa á mí? decía entonces el serrador, y continuaba con ardor el interrumpido trabajo.

Acudió á la cita todos los días con la nieve y el hielo, con los vientos de marzo y abril, con el sol y las tempestades del verano y con las grandes lluvias de otoño, y habiendo vuelto el invierno, el hielo y la nieve le encontraron en el rincón de la calle sombría y desierta.

Pasaba allí dos horas, y todos los días al partir besaba la pared de la cárcel. Su marido pudo verla cinco ó seis veces y distinguirla dos ó tres veces pasando, aprovechándose todo lo mas de quince días, pero ella había ido todo el año. No lo ignoraba Lucía; pero bastaba que pudiera dejar de estar en su sitio en el momento en que la casualidad favoreciera á Carlos para que nada le impidiera acudir á la cita. Hubiera permanecido allí con la lluvia ó la escarcha, desde la mañana hasta la noche, y lo hubiera hecho todos los días antes que causar con su ausencia un disgusto al preso.

Una tarde del mes de diciembre de 1793 había ido á la calle desierta pisando la nieve. Era día festivo, de regocijo público; todas las casas que había visto Lucía al pasar estaban adornadas de pequeñas lanzas en cuyo extremo había un gorro rojo y cintas tricolores, y en muchas de ellas se veía esta inscripcion en letras de tres colores: República una é indivisible, libertad, igualdad, fraternidad ó muerte.

La miserable barraca del serrador era tan angosta que toda su fachada presentaba poco espacio para contener la divisa republicana; pero el hombrecillo había encontrado un embadurnador que, estrechando las palabras, había conseguido representar la muerte no sin dificultades contrarias al actual orden de cosas. En el techo de la barraca se veía un palo adornado con su correspondiente gorro encarnado, como era de rigor para todo buen ciudadano, y el propietario había puesto en la ventana su famosa sierra con esta leyenda: *santa guillotinita*, porque en aquella época acababa de ser canonizada la Luisa, que era el nombre que había dado el pueblo en un principio al instrumento de Luis Guillotin.

La barraca estaba cerrada, y Lucía Darnay se vió con gran satisfaccion completamente sola, pero el hombrecillo no se hallaba muy distante y su reposo no fué de larga duracion.

Pasos tumultuosos acompañados de ruidosas aclamaciones se aproximaron á donde estaba Lucía y la llenaron de terror. Algunos minutos despues la multitud salió de la calle inmediata y rodeó la cárcel y la barraca que estaba arimada á sus paredes. Quinientas personas, entre las cuales se distinguía en primera fila la Venganza dando la mano al serrador, se pusieron á bailar con el frenesí de cinco mil espíritus infernales; mujeres con mujeres, hombres con hombres, según les había juntado la casualidad. Serviales de música un canto popular cuyo ritmo feroz, rigurosamente observado por los danzantes, se parecía al rechinar de dientes hambrientos.

Al principio solo se vió una invasion de harapos y gorros frigos; pero cuando estuvo completamente inundada la plaza, se dibujaron en medio de aquella masa turbulenta ciertas figuras coreográficas y se aparecieron á Lucía como el espectro del delirio en un baile desenfundado.

Avanzaron y retrocedieron, se dieron mutuamente golpes en la mano, se cogieron de la cabeza, hicieron piruetas aisladamente en torno de los demás, se reunieron y valsaron de dos en dos hasta que rodaron por el suelo la mayor parte de las parejas. Las que quedaron en pie formaron una galop general en torno de los que habían caído, y la inmensa rueda se dividió en pequeños círculos de dos á cuatro personas que dieron vueltas con vertiginosa rapidez.

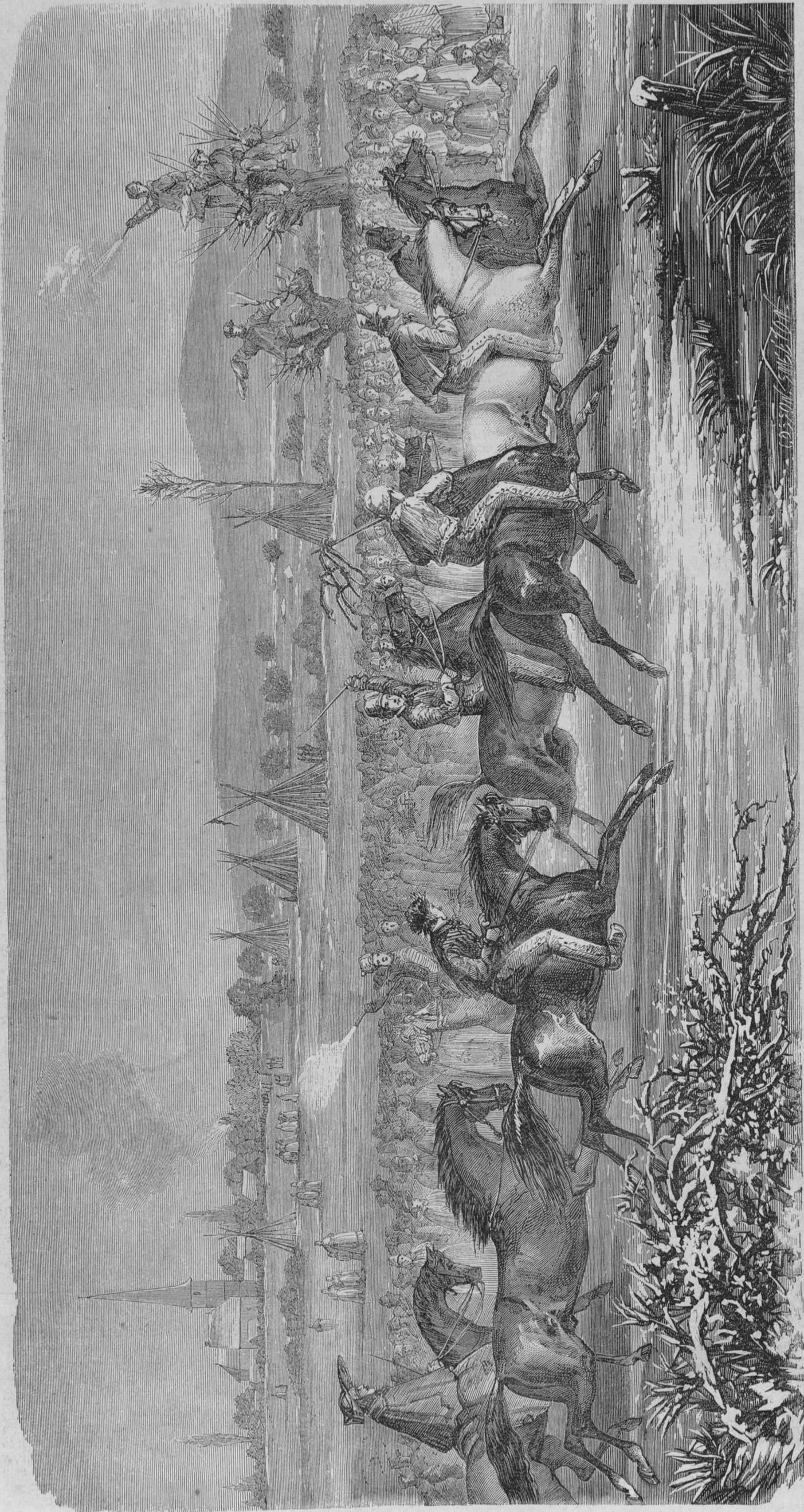
Se volvieron á dar las manos, se cogieron de la cabeza, se separaron uno á uno y dos á dos, y recomponiendo la rueda la hicieron girar en direccion inversa.

(Se continuará.)

Carreras de caballos de aldeanos

EN SCHLEITHAL (BAJA ALSACIA).

No abrigo la pretension de enumerar aquí las fases que las luchas hípicas han debido atravesar para pasar del estado primitivo al estado de perfeccionamiento en que se hallan en la actualidad. Poco competente en la materia, lo mejor que puedo hacer es abstenerme, y estoy seguro de que mis lectores me agradecerán esta reserva. Voy á tratar pues de describir unas carreras de todo punto primitivas, limitandome lisa y llanamente á consignar aquí lo que he visto.



Carreras de caballos de aldeanos en Schleithal (Baja Alsacia).

Sali de Baden la vispera de la fiesta de la compañía del secretario de las carreras de Baden, M. Th. Weih; y despues de haber atravesado un pais en que cada zarza, y cada campo nos recordaba algun episodio de caza, llegamos al Rhin por Pflittersdorf, una aldea bien conocida de los cazadores de becadas. Por el puente volante pasamos a la orilla francesa, y alli encontramos una aldea de dos kilómetros que conduce al pueblo de Seltz.

A las siete y media de la mañana siguiente estábamos en carruaje. La nieve caía en abundancia, y nosotros, envueltos en nuestras pieles y fumando, parecíamos cazadores de lobos ó de jabalíes desafiando la intemperie del mes de febrero. Por fin llegamos a Schleithal al cabo de hora y media de marcha.

Schleithal es una aldea de dos ó tres mil almas, hermosa, grande y rica como todas las aldeas de la Baja Alsacia. No se compone sino de una sola calle, pero

esta tiene seis kilómetros de larga. La animacion que reinaba en ella era extraordinaria. Todo el mundo se movía, á caballo y á pié, hombres, mujeres y niños, en direccion al campo de las carreras, que es un prado limitado al Norte por frondosas selvas de abetos en las que se oculta la frontera bávara, y al Mediodia por la poblacion que se ve en nuestro dibujo.

El turf de Schleithal es quizá el mas antiguo que hay en Francia. Su origen, segun me han dicho en el pais, se pierde en la noche de los tiempos. El terreno fué consagrado á las carreras por una disposicion testamentaria de una anciana hace ya largo tiempo, y no obstante un pleito muy reñido, se cumple aquella voluntad de la anciana.

Nuestro dibujo representa una de las carreras poco despues de la partida, cuya señal se dió con un pistoletazo. Ya uno de los caballos ha desmontado á su jinete,

en tanto que los otros van á escape. No hay que extrañar el accidente, pues la carrera fué espantosa: el terreno estaba abominable, helado, desigual, cubierto de nieve y de hielo; las caídas podían ser terribles, y sin embargo no hubo que lamentar ninguna desgracia. Cuando un jinete iba al suelo, se levantaba y volvía á montar con una presteza extraordinaria.

Nada mas bello y animoso que la raza de hombres de la Baja Alsacia. Es una raza que el hábito del peligro y las nobles preocupaciones hipicas han mejorado incontestablemente en lo fisico y en lo moral. Cuando se recorren las grandes aldeas de Ibundsbach, Oberseebach y Schleithal, llaman mucho la atencion los semblantes abiertos de los hombres cuya nariz aguileña, alta estatura y piernas largas ofrecen un sello característico. Las mujeres y las niñas tienen facciones de una finura muy particular en una poblacion rural.

Los caballos son soberbios en estas aldeas, y en cada una se cuentan de cuatrocientos á seiscientos. El caballo es la ocupacion, la pasion de la gente en la Baja Alsacia, y así sucede que las carreras son fiestas.

A veces son tambien desafios, torneos para agrandar á las jóvenes. Los rivales porfian en atrevimiento, en valor, en temeridad, y con frecuencia salen del lugar dos jinetes, y van desafiados al campo de carreras con algunos jueces.

Segun su expresion, nacen á caballo. Dos hechos voy á citar para que se vea hasta dónde llega su destreza. El año último, en las carreras de Pentecostes, un caballo galopaba por el camino, cuando hé aqui que se cruza otro caballo llevado de la rienda, y el jinete aviesa este obstáculo inesperado, como lo pudieron presenciar mas de dos mil testigos.

Por mi parte, puedo decir que he visto á un chico de



J. GAILLARD.

EJERCITO AUSTRIACO.

Ulano. Dragon. Soldado de infant. Coracero. Soldado de ing. Cazador. Infant. húngara. Húsar. Artillería.



EJERCITO FEDERAL : SAJONES.

Infantería de línea : Cazadores. Estado mayor. Artillería. Tren.



HANOVERIANOS.

Gendarme de ordenanza. Cazador de la guardia. Vivandera. Guardias de corps. Húsar de la guardia.

ocho ó diez años, que para hacer un recado al otro extremo de la aldea, echó á galope por la calle Mayor. El caballo, poco sujeto por su joven jinete, resbala, cae y se levanta sin que el muchacho se despegara de él un instante, y eso que no llevaba ni silla ni estribos.

Volvamos á las carreras. Quizás pensará el lector que el cebo de un premio ventajoso es el móvil que guía á estos hombres para arriesgar su vida y la de sus caballos, pero no es así: unas bridas de honor, un látigo con puño de plata, un chaleco, un corte de pantalón, hé ahí los pretextos materiales. Montar un hermoso caballo, desafiar el peligro y vencer en presencia de toda una población, eso tiene á sus ojos cien veces más valor que los premios mismos.

Después de una serie de carreras que duraron hasta el medio día, los vencedores se reunieron, y con la banda de música á la cabeza, todos los aldeanos se volvieron al pueblo.

En el momento en que entraban en él, tocaban la oración, y entonces la música cesó; las cabezas se descubrieron, y el cortejo se adelantó silenciosa y respetuosamente hasta que la campana hubo despedido sus últimas vibraciones.

Al llegar á la plaza, los vencedores se pusieron en fila á un lado y otro, y la música entonó una especie de coral del más bonito efecto.

A la tocata siguió el grito de ¡viva el emperador! y luego sirvieron el vino tinto de los vencedores á los héroes de la fiesta.

A punto de concluir iba á olvidarse lo esencial, las condiciones de las carreras. Todo caballo del país está admitido, sean cuales fueren su edad, su sexo y sus medios. Los jinetes deben montar en pelo y sin espuelas.

Estas condiciones, por sencillas que sean, dan un carácter particular y primitivo á las carreras de Schleithal, que tienen lugar todos los años en febrero.

C. L.

El corredor de playa.

(Continuación.)

— Sería acaso una imprudencia: es el primer día que os levantáis, repuso el anciano.

— No tengáis cuidado; estoy fuerte y el día muy templado. Me hará provecho un paseo al aire libre, y además mi excelente enfermero me acompañará.

— Haced vuestra voluntad. En efecto, el aire del mar es sano y suele fortalecer á los enfermos.

— Pero el señor no tiene sombrero, murmuró José. Yo no me atrevo á ofrecerle mi gorro de lana... pero el sol en la cabeza...

— Tirad del cajón inferior de esa cómoda, José, y encontrareis el sombrero de paja del tío Luis que le podrá servir.

El sombrero de paja que el pescador sacó de la cómoda parecía nuevo. José se le puso en la cabeza al convaleciente, y mirándole con asombro é interés, repuso:

— No os enfadéis porque os compare á gente de nuestra clase; pero no sé qué encuentro en vuestra fisonomía que me recuerda la del tío Luis; así creo ver un aire de familia.

— ¡Es singular! murmuró el joven meditabundo. A mí la joven que me ha cuidado me recordaba mi hermana, hasta en el nombre.

Y como si estas palabras despertasen en él puros recuerdos, se encaminó hacia la puerta y dijo:

— Partamos, amigo mío; tengo necesidad de aire.

José le tomó por el brazo conduciéndole hacia la playa por el sendero que serpenteaba por entre las dunas. Cuando hubieron andado un buen espacio, el joven murmuró:

— Qué desierto está todo esto. ¿No hay habitantes en esta comarca?

— Pocos, señor; en un radio de media legua viven seis ó siete familias, unas veinte ó treinta personas; pero allí, pasada aquella montaña alta que llamamos Persenhill, habitan más de veinte familias de pescadores: á eso le llamamos la aldea de San José.

— ¿Y está allí vuestra iglesia?

— No, señor; media legua más allá se encuentra Adinkerke, donde está nuestra parroquia.

— ¿Y los pescadores sois buenos cristianos?

— Ya se ve, señor; haga el tiempo que haga y por lejos que se encuentre en el mar, un pescador flamenco no deja de volver á su casa el sábado, para cumplir con sus deberes el domingo.

El joven guardó silencio un instante, y después exclamó:

— José, porque creo que os llamais José, ¿por qué decís padre al anciano ciego si no sois hermano de Bella?

— Soy su primo. La tía Clara, la buena anciana que ha velado junto á vuestro lecho, es hermana del padre Stock: yo he estado casado con su hija, una mujer que era la bondad misma, y á quien yo he amado como ama un padre á su hija. Dios me la llevó pronto... pero no me gusta hablar de esto; siento una cosa en la garganta, como si me apretaran un nudo... ¡Ah! ¡es triste quedarse solo en el mundo! Si yo no tuviera á la tía Clara, no sé para quién había de trabajar.

— ¿Podríais volver á casaros?

— No, señor; aquí se casan de mozos; en cuanto el hijo de un pescador ha reunido su avío, es decir, provision suficiente de redes, su padre le ayuda á construir una choza y á labrar un pedazo de tierra, y elige es-

posa entre las muchachas de la comarca. He oído decir que en las ciudades las muchachas suelen casarse con maridos que no son mozos, pero que tienen dinero; entre pescadores todos tienen la misma fortuna. Quien se parece se merece; esta es nuestra regla; si no fuera así, ya sabría yo con quién casarme... pero es una locura pensar en eso... Ved, ya nos acercamos á la playa; allí, entre aquellas dos dunas, una mancha verde que se ve... es el mar; dentro de algunos minutos encontraremos un sitio á propósito para descansar, y desde el cual podréis contemplar el mar en una gran extensión.

En efecto, en breve el convaleciente se sentaba al borde de la última duna, mirando con sorpresa la escena imponente que se descubría ante sus ojos. Contempló largo rato en silencio la impenetrable profundidad de aquel horizonte terminado por el mar, que como un precipicio sin fondo expresaba de un modo sensible la idea de lo infinito. Observó los cambiantes de la luz destacarse, primero en un cielo azul, después en un verde claro, y por último, cerca de la playa, en un amarillo suave y agradable á la vista. Aquellos juegos de la luz en la superficie de las aguas, formaban zonas y rayas dilatadísimas, porque donde quiera que el espectador dirigía sus miradas, encontraba la misma perspectiva, la misma refracción.

La playa, cuando estaba baja la marea, se extendía al pie de las dunas como un segundo mar; el calor del sol hacía evaporar la humedad de la arena, y la atmósfera en aquella llanura era trasparente y limpia como el cristal.

— ¿Qué es aquello? preguntó al pescador el convaleciente. Aquel punto negro que parece vacilar entre las brumas del horizonte.

— Es la torre de Dunkerque.

— ¡Dunkerque! ¿Tan cerca estamos de Dunkerque?

— Cuatro leguas por la playa.

El joven levantó los ojos al cielo y dijo suspirando:

— ¡Dios mío! ¡Qué terribles sucesos se me ocultan!

Cuatro horas apenas, y hace diez días espero noticias en vano.

Y volviéndose hacia José con agitación febril, murmuró con ademán imperioso:

— ¿Qué sabe el médico de mi hermana y de mi madre? por piedad, sed más compasivo que los otros, y decidmelo.

El pescador palideció; quizá había sabido ya por Bella y su padre la fatal noticia, y replicó con visible turbación:

— No sé; no he visto al médico hace tres ó cuatro días.

El joven bajó la cabeza y quedó sumido en profundas reflexiones: parecía querer dominar la emoción que reinaba en su alma, hasta que por fin haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y clavando los ojos en el mar:

— ¿Dónde está Bella? dijo. Me habíais dicho que estaba en la playa.

José señaló entonces una distancia en el mar y exclamó:

— ¿Veis aquellos puntos negros que parecen flotar sobre el agua? son las mujeres de los pescadores que se entregan también á la pesca del langostino, para lo cual emplean unas redes en forma de lazo que colocan en la punta de un palo.

— ¿Y Bella está con ellas?

— Si tal, ved á este lado, la segunda, con gorro azul y justillo encarnado... es mi prima: debe haberos reconocido, porque os saluda con la mano.

— ¡Pobre niña! ¡qué áspero trabajo! ¿Y cuánto dura esa pesca?

— Dos ó tres horas.

— ¿Y esas mujeres están todo ese tiempo con los pies en el agua helada del mar?

— Pues ahora hace un excelente tiempo. Hay días más fríos; pero no temen al agua del mar: están acostumbradas á ella desde la infancia.

M. de Milval volvió los ojos hacia Bella y respondió agitando ligeramente su sombrero á los saludos que aquella le enviaba.

— Vuestra prima, murmuró, es un modelo de virtud y heroísmo.

— Ya lo creo, repuso el pescador con entusiasmo, tiene el corazón de un ángel. El que la tome por mujer, puede decir que ha encontrado una perla inestimable en este desierto, porque debéis haber notado que su rostro es tan hermoso como su alma.

El joven clavó con asombro una mirada en el pescador.

— Sí, por cierto, exclamó José un poco confuso por aquella mirada. Si yo tuviera quince años menos á la espalda, nadie se casaría con ella más que yo. Pero soy viejo... Además Bella no se casará mientras viva su padre ciego.

— En efecto, parece amarle mucho. El espectáculo de su amor filial me ha arrancado lágrimas de admiración.

— Es que eso tiene su explicación, señor. Simon Stock, hasta los cincuenta años, vivió como otro cualquiera; estaba casado con una mujer hacendosa de la cual tenía cinco hijos, cuatro niños y una niña; tenía además un hermano menor que vivía con él: era el tío Luis, cuyo sombrero lleváis en este momento; como suele decirse, todas las desgracias vienen juntas, y así fué que Simon Stock vió morir á su mujer de una pleuresía, su hermano Luis salió á la pesca del bacalao en un navío de Dunkerque; el barco fué á dar en el mar de Islandia, y nadie ha vuelto á oír hablar de él; solo un pescador trajo la noticia de que Luis Stock se había salvado del naufragio, y no ha faltado quien afirme que

ha oído contar en Dunkerque que Luis Stock, en calidad de soldado, formaba parte de la guarnición de una fragata de guerra francesa en el puerto de Guadalupe.

— ¡Soldado francés! Nada más fácil que enterarse de si es cierto.

— ¡Quia! no, señor. Si esas noticias han sido inventadas sin duda para consolar al pobre ciego. Continué mi relato: hacia algunos días que Simon Stock había recibido noticias del naufragio de su hermano, cuando su hijo mayor, que navegaba ya con él en calidad de marinero, se ahogó en una noche de tempestad; poco tiempo después se desarrollaron las viruelas en el país, y los tres hijos de Simon Stock fueron arrebatados por ellas. En tres semanas no quedaba de aquella numerosa familia más que un hombre de cincuenta años y una niña de siete que hasta allí había escapado del contagio, pero que fué atacada también. Cuando esto sucedió, creímos que el pobre Simon se volvía loco: seis semanas permaneció día y noche inclinado sobre la pobre niña, temblando por su vida y preservándola en cuanto podía de la desgracia de quedar desfigurada. La niña curó, y como si hubiera comprendido todo lo que por ella había hecho, siguió á su padre como su sombra. Dos años después Simon Stock fué atacado de una oftalmía, que hizo progresos rápidos hasta dejarle ciego enteramente. Bella se persuadió de que su padre adquirió el germen de esta enfermedad por cuidarla día y noche durante la suya. Se engaña quizá, pero esto os explica la ternura infinita que tiene por él, y esa especie de culto de que le rodea.

— En efecto, repuso el joven ligeramente conmovido, ¡pobre Stock!

Hacia algunos instantes que sin suspender su relato, José miraba á uno y otro lado con inquietud.

— Hace mucho tiempo que estamos aquí, y este airecillo podría haceros mal, dijo; volvamos á casa.

— No, estoy bien, repuso el joven; ese cielo azul y esa inmensidad que nos rodea, fortalecen mi espíritu; pero no os violentéis por mí, yo puedo quedarme solo.

— ¿De veras? pues os dejó un instante. He olvidado mi saquillo de tabaco... en ir y volver no tardo diez minutos.

Apenas se había alejado cien pasos por entre las dunas, un hombre vestido como de pescador apareció en la cima de una montaña. Parecía dirigirse hacia la morada del padre Stock; pero así que reparó en el señor del sombrero de paja, se detuvo, reflexionó un instante y descendió de su altura dirigiéndose al convaleciente.

— Buenos días, repuso cuando estuvo cerca de él; ¿vuestro nombre es M. de Milval, no es verdad?

— Cierto, y ¿cuál es el vuestro, amigo? no os conozco.

— Calle, ¿no me conocéis? Soy Ko Sael, el corredor de playa, el que os encontré tendido entre las dunas, y os llevó con grandes precauciones hasta la morada del padre Stock.

— ¡Ah! os estoy muy reconocido, y recompensaré vuestra buena acción.

— Eso es difícil, repuso el corredor con sonrisa irónica. Vengo ahora de Bergues, y vuestro castillo ha sido incendiado, confiscados vuestros bienes, y por consiguiente sois más pobre que yo.

— ¡Venís de Bergues! ¿sabéis qué ha sido de mi padre? repuso el joven con ansiedad.

— Lo sé todo, y creo que vos os lo figurareis también.

— ¡Ah! ¿es cierta su desgracia?

— Ha sido fusilado.

— ¡Dios mío, Dios mío! y en nombre del cielo, ¿qué ha sido de mi madre, de mi hermana?...

El corredor, por toda respuesta, se dió un golpe en el cuello con la mano, como si fuera un cuchillo.

— ¡Qué quereis decir! exclamó el joven pálido como un cadáver.

— Que se ha transportado á vuestra madre y vuestra hermana á Arras, donde han sido guillotinas.

Un grito desgarrador resonó en el espacio, y el joven ocultó el rostro entre sus manos.

Ko le contempló con sonrisa triunfante, y murmuró unas frases ininteligibles que parecían querer consolar á la víctima de su cruel indiscreción.

Bella, que había visto de lejos al corredor hablar con el convaleciente, saltó fuera del agua, tiró red y cesta, y corrió hacia el sitio en que se hallaban; cuando llegó, el joven tenía el rostro entre sus manos, y las lágrimas se escapaban por entre sus dedos. La joven comprendió cuanto había pasado, y fijando en Ko una mirada de indignación, repuso:

— ¡Desgraciado! ¿qué le habeis dicho?

— También será culpa mía, refunfuñó Ko Sael. Yo creía hacerle un servicio dándole nuevas de Bergues.

— No trateis de consolarme, ángel de misericordia. ¡Mi padre, mi madre, mi hermana... todo cuanto me era querido! ¿Porqué la muerte me respeta á mí?

— ¿Qué sucede? repuso José apareciendo entre las dunas con la pipa en la boca. Siempre habeis sido vos el que hayais traído alguna desgracia: no sé porqué me da gana de retorceros el cuello.

— Pero ¿qué culpa tengo yo? vengo de Bergues, y he dicho á M. de Milval lo que he sabido.

— Y ¿qué le habeis dicho, picaro charlatan?

— Toma, que han quemado su castillo, y que su padre, su madre y su hermana...

Un rugido se escapó del pecho de José, y sus ojos se inyectaron de sangre: de un salto cayó sobre Ko, y sacudiéndole fuertemente por el cuello, hizo tomar á su rostro, primero un rojo oscuro, y después una mortal palidez.

La joven, tratando de contener á su primo, exclamó:

— Vamos, José, tranquilizaos. Ko lo la hecho sin intención quizá.

— En la duda no le estrangularé hoy; pero que jure no volver acercarse á nuestro enfermo. De otra manera, Ko, estad seguro de que os aplastaré sin piedad.

— Dejadme. Yo haré como si no conociera á M. de Milval.

Entonces el pescador dió libertad á Ko, que desapareció á todo correr. Bella se volvió hacia el enfermo, le tomó por un brazo y le guió á su morada, dejándose él conducir como un niño; sus lágrimas habian cesado de correr, como si el infeliz estuviera abismado en la inmensidad de su dolor.

Bella murmuró á su oído los mas dulces consuelos; José los seguía mohino sin hablar una palabra. De este modo recorrieron el trayecto que les separaba de la choza de Stock.

VII.

M. de Milval, anonadado bajo el golpe de tan terrible revelacion, permaneció insensible á todo consuelo. De vuelta á la cabaña, se acostó al punto, rogando que le dejaran solo.

El temor y la ansiedad reinaban en la morada del viejo Stock, porque temian con razon que el pobre jóven, apenas entrado en su convalecencia, recayese con la violenta impresion que le habian producido tan tristes noticias. El médico mismo, al que se hizo llamar por José, participó de su inquietud.

Durante la noche que siguió á la imprudente revelacion del corredor, todos velaron al enfermo. El padre Stock y su hija, la tia Clara y José, sentados en la primera pieza en torno de la mesa, escuchaban con ansiedad si un gemido, una queja, las anunciaba que el enfermo necesitaba sus socorros... pero nada, un silencio absoluto reinaba en la estancia; él solo, la tia Clara y el padre Stock creyeron ver en esto un anuncio feliz de que el enfermo se entregaba á un sueño reparador.

Bella no participaba de pensamientos tan lisonjero y sostenia, por el contrario, que el desgraciado Milval no habia cesado de llorar. Mientras los otros no apercibian el menor rumor, ella creia escuchar los sollozos comprimidos que el enfermo se esforzaba en apagar para que no le turbasen en su solitaria desesperacion.

Despues de haber combatido largo tiempo el triste pensamiento de su sobrina, la tia Clara acabó por acercarse á la puerta de la estancia y escuchar en silencio. Cuando descendió repuso conmovida:

— ¡ Ah! Bella tiene razon; el infeliz llora y no duerme.

Estas palabras inspiraron á todos profunda compasion, y las lágrimas humedecieron todos los ojos.

De esta manera aguardaron el dia. Cuando la aurora empezó á iluminar las cimas de las montañas, la tia Clara y José se fueron á su morada prometiéndoles volver en breve. El padre Stock se entregó á su trabajo ordinario, y Bella á las haciendas de la casa.

De repente la jóven dejó escapar una taza que llevaba en la mano y lanzó un grito de sorpresa... M. de Milval descendia los dos escalones que guiaban á su cuarto, y dando los buenos dias á sus huéspedes, se dejó caer en un rincon cerca del hogar.

Era evidente que la jóven no se habia engañado en sus suposiciones, porque los ojos del convaleciente demostraban en su inflamacion que las lágrimas habian corrido de ellos sin tregua ni descanso.

No obstante, en aquel momento sus ojos estaban secos; su expresion era resignada, y hasta una triste sonrisa entreabrió sus labios al contemplar á Bella, la cual se sentó á su lado prodigándole palabras de tierna compasion.

Respondia el jóven á sus afectuosas palabras con otras de sincera gratitud; pero habia en su acento y hasta en su sonrisa un dolor tan profundo, que la jóven se alarmó creyéndole sin fin y sin consuelo.

M. de Milval, con tranquila calma, suplicó á la jóven le perdonase si su corazon destrozado no obedecia á sus intimaciones de consuelo, que la fatalidad le habia arrebatado cuanto le era querido en el mundo, que en el pasado no veia mas que un rastro de sangre, y en el porvenir el engrandecimiento de sus verdugos: que estaba solo en el mundo como en un sepulcro.

Era visible que el jóven hubiera preferido estar solo, pero Bella y su padre participaban de tal modo de su dolor, que poco á poco fué acostumbrándose á sus consuelos, hasta que al fin Bella guardó silencio entregándose de nuevo á sus faenas, no sin dirigir de vez en cuando miradas furtivas al convaleciente que permanecia con la cabeza caída sobre el pecho.

De repente M. de Milval se levantó, manifestando su deseo de dar un paseo por las dunas. Bella quiso acompañarle, pero él instó para que le dejase solo, y cuando quiso seguirle, su padre la detuvo haciéndola comprender que el dolor de M. de Milval era legitimo, que debia respetarse, y que el tiempo cura todos los pesares y cicatriza todas las heridas.

Obedeció por aquel dia; pero al siguiente se hubiera dicho que Bella veia en la desesperacion del enfermo un enemigo con quien debia luchar, porque iba ganando en el espíritu de Milval á medida que los dias pasaban; su inteligencia desarrollada por su buen deseo, se aprestó á salir triunfante en la lucha, y fué desde aquel dia elocuente, fecunda en recursos ingeniosos é ingénua en todas las delicadezas del sentimiento.

Así que terminaba sus faenas domésticas, sentábase al lado de M. de Milval distrayéndole en su conversacion, y haciendo brillar para él un rayo de esperanza.

Al cabo de algunos dias, en vez de rechazar los consuelos de aquel angel que habia reanimado en su corazon la esperanza y el amor á la vida, M. de Milval escuchó su cuento con placer, sintiéndose arrastrado hacia ella por secreta simpatia, y aunque estuviere entregado á dolorosas reflexiones, al escuchar el acento de la jóven experimentaba una dulzura infinita.

Cuatro semanas corrieron así. La herida de la cabeza de M. de Milval estaba cicatrizada, su brazo, aunque descansando en el pañuelo, notablemente mejorado, y segun opinion del médico, en disposicion de hacer uso de él en quince dias.

Por esta época, Bella advirtió un cambio notable en la conducta del jóven para con ella. Esta habia notado de nuevo tristeza en su mirada, y resuelta á combatir al enemigo, redobló sus esfuerzos para inspirar al convaleciente valor y confianza, pareciendo que este trataba de esquivar su compañía. Si Bella estaba en la casa, él se encerraba en su cuarto; si ella estaba ausente, él se paseaba entre las dunas, hablándose á si mismo con agitación: era evidente que un nuevo pesar se habia posesionado de su corazon.

Bella no vió en esto sino un motivo mas para tener compasion de él, aunque observaba con dolor que cada vez que ella reiteraba sus pruebas de amistad, él caia en mas profunda melancolia.

Un dia que Bella habia hecho mayores esfuerzos para consolarle, el mal resultado de su empresa la produjo tan dolorosa impresion, que empezó á sollozar, ocasionando grande emocion al jóven con sus palabras entrecortadas.

Aquel la miró conmovido, balbuceó algunas excusas, y luego, como no creyéndose bastante fuerte para contener el secreto que iba á escaparse de sus labios, quiso huir.

Por fortuna en aquel momento entró la tia Clara, que con un verdadero diluvio de exclamaciones, refirió que la habian dicho que todos los reyes de Europa acababan de estrechar una alianza para caer con un numeroso ejército sobre la Francia y aniquilar la república. Esta noticia la habia traído de Adinkerke Ko Sael, añadiendo que las potencias aliadas habian atravesado ya Brabante, y en breve se libraria una gran batalla.

M. de Milval, que se quedó al oír tales noticias, manifestó gran agitación, fuese por el castigo de los que él miraba como sus opresores, fuese porque las lágrimas de la jóven le habian impresionado.

Firme en su primera idea, salió de la cabaña, vagando mucho tiempo por montes y valles. Cuando volvió, no estaban ni el ciego ni su hija.

No le asombró; el padre Stock tenia costumbre de pasarse con la malla á casa de su hermana Clara. Bella no podia haber ido de pesca porque la marea estaba alta; pero quizá habia ido á hacer pacer la vaca en algun valle cercano.

M. de Milval se dejó caer en una silla; los pensamientos tristes le perseguian sin duda, porque tenia los ojos abiertos y fijos, y movia con desaliento la cabeza, como quien se interroga á si mismo y no encuentra mas que respuestas desesperadas.

Por fin sus labios murmuraron:

— El reconocimiento me daria fuerza para callar lo que pasa en mi; pero ¿ Bella no irá alimentando quizá en su alma una inclinacion que no ha de ver satisfecha? Desde hace algun tiempo me persigue esta idea, y ayer sus lágrimas me aterraron. ¡ Pobre niña! Ha salvado mi vida, ha puesto en juego todos los tesoros de su generoso corazon para devolver la paz á mi pecho. ¿ Y la dejaré en cambio al partir un eterno pesar? En la morada de la paz y la dicha habré venido á dejar la intranquilidad y el dolor. ¡ Ah! ¿ Cómo podria yo disfrutar en la vida algun reposo, cuando mi conciencia me recordase esa pobre niña vagando inconsolable entre esas dunas que en otro tiempo la vieron alegre y feliz? No mas vacilacion. Aun es tiempo; este sentimiento quizá no ha echado profundas raices en el corazon de esa pobre niña. Es preciso darla un último adios.

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho, permaneciendo largo rato sumido en profunda meditacion. En breve levantó su rostro animado por resuelta expresion, y dijo:

— ¡ Nobles! ¿ No son acaso nobles los que sin aguardar recompensa practican la virtud? ¿ Puede asistir mayor nobleza que la que encierra el corazon de esa pobre niña? Inocente como una paloma, dulce como un ángel, fuerte como una heroína de la antigüedad, hermosa... como mi pobre hermana. Vivir aquí, junto á ella, lejos de las maldades del mundo, en una atmósfera de paz, de dulzura, de amor...

Y de repente retorcó sus manos, y como acometido de contrarios pensamientos, levantó altanera su cabeza y dijo con indignacion:

— ¡ Qué locura! El último de los Milval no puede olvidar así lo que debe á su nombre. No descenderé hasta enlazarme con esa pobre niña; pero tampoco alimentaré en su pecho un amor sin esperanza. ¿ Y qué decirle para justificar mi resolucion? Nada mas fácil: los emigrados como yo intentan un último esfuerzo para reconquistar su patria perdida... Me alistaré bajo su bandera, si: fuerza es huir de este encanto que me domina. Se trata de su dicha, de su reposo... la menor vacilacion es una cobardia.

Y al decir estas palabras, abandonó la cabaña dirigiéndose por entre las dunas; despues de vagar largo rato á la aventura, se detuvo de repente al distinguir á Bella. La jóven estaba sentada en un ribazo, y no lejos de ella el asno y la vaca pacian en una pradera.

El jóven conde imaginó que Bella habia elegido aquel sitio para entregarse á sus sueños en medio de la sole-

dad; excepto el apagado rumor de las olas, nada se oia en aquel sitio tranquilo como una tumba.

Esta suposicion le entristeció; pero al mismo tiempo ella le afirmó en su resolucion, y se adelantó con paso firme hacia la jóven.

Bella tenia en la mano una labor de aguja, y estaba tan absorta en ella ó en sus pensamientos, que pareció despertar de un sueño cuando M. de Milval se acercó á ella. Levantó entonces sus ojos que estaban llenos de lágrimas, y le saludó á traves de ellas con una dulce sonrisa.

El jóven, sentándose á su lado, la preguntó afectuosamente:

— Bella, hija mia, ¿ teneis algun pesar?

— Sí, señor, soy muy desgraciada, repuso ella suspirando; y sois bien cruel en rehusarme la única recompensa que exijo por todos mis cuidados.

— ¡ Una recompensa! ¿ Qué exigis de mí?

— Poca cosa; un poco de docilidad. Hace una semana que intento deciros la causa de mis penas y no me atrevo; pero ya que vos me lo preguntais, os lo diré: cuando os encontré casi sin vida y os trasladé á casa de mi padre, me figuré (perdonadme si era un pensamiento demasiado orgulloso) que Dios mismo me imponia el deber de velar por vos, de curaros y de consolaros. Acepté mi mision con gratitud y prometí á Dios cumplirla; pero desde hace algun tiempo he adquirido la dolorosa conviccion de que no puedo combatir vuestra tristeza. Vuestro abatimiento es cada vez mayor.

— Os engañais, Bella, repuso el jóven profundamente conmovido.

— Vos no podreis permanecer siempre aquí, murmuró la jóven, no se me oculta que un hombre de vuestro nacimiento no puede pasar su vida entre humildes pescadores... partireis pues en cuanto esteis restablecido, pero no tendré el consuelo de veros partir tranquilo, sino entregado á una eterna desesperacion. De este modo yo me quedaré triste tambien. ¡ Qué felicidad para mí si os hubiera visto partir dichoso!

— ¿ Tanto os interesais por la dicha de un extraño?

— ¿ Y por qué no? repuso la jóven conmovida. Hacer algo por vos, devolveros la alegría, hubiera sido para mí una ventura infinita. Vuestra presencia, vuestro lenguaje, la nobleza de vuestro corazon, han iluminado mi espíritu con una luz desconocida, y la pobre pescadora se hubiera visto realizada á sus propios ojos. Creedlo; para no ver dichoso al que Dios confió á mis cuidados, quisiera no haberle visto nunca.

El jóven estrechó la mano de Bella y murmuró algunas frases de gratitud.

Sobre una de las altas dunas que cercaban el valle, se habia mostrado hacia un instante la cabeza de un hombre que se retiró inmediatamente, como si dispuesto á observar, no quisiera que su presencia interrumpiese aquel coloquio.

— ¡ Oh! Bella, sois un modelo de abnegacion y generosidad, exclamó M. de Milval. ¡ Gracias, gracias! yo os prometo que tendreis la recompensa á que aspirais. Tendré valor, tendré fe en el porvenir, y si el recuerdo de desgracias terribles turban mi espíritu, evocaré vuestra imagen en mi socorro, y aunque ausente, os pediré fuerza contra la tristeza.

— ¿ Será verdad?

— Os lo prometo, os lo juro.

Despues de este juramento, M. de Milval recobró su primera posicion y permaneció mudo con los ojos bajos, como sintiendo lo que acababa de pasar. La jóven, por el contrario, aparecia contenta, agradeciendo aquella promesa como un beneficio.

El cayó de nuevo en sus reflexiones, preguntándose si debia realmente afligir á aquella pobre niña con su partida repentina: parecia evidente que se habia equivocado respecto á los sentimientos de Bella, porque si el amor se hubiese posesionado de su alma, ¿ cómo hubiera podido darle sin turbacion aquellas sinceras pruebas de ternura?

No obstante, se esforzó por seguir la senda que le marcaba su deber, y exclamó:

— Bella, yo habia venido á comunicaros una noticia que os va á sorprender; pero me perdonareis si á pesar mio os causo algun sentimiento. Voy á partir: un deber imperioso me llama lejos de estos sitios.

— ¿ Dentro de diez ó doce dias, no es verdad? yo me acostumbraré en ellos á la idea de vuestra partida.

— Imposible; hoy ó mañana saldré de aquí.

— ¡ Como! ¿ qué decis? hoy ó mañana...

— Tranquilizaos, Bella, y escuchad lo que tengo que deciros, repuso el jóven con acento firme. ¿ Habiéis oído decir á vuestra tia que las naciones aliadas dirigen sus fuerzas contra la república? Esas fuerzas no las componen solo tropas extranjeras; infinidad de nobles franceses se disponen á conquistar la libertad de su país. Yo soy noble tambien. ¿ Creéis que debo permanecer insensible y olvidar mis deberes de noble, de hijo y de hermano?

Durante esta alocucion Bella le contemplaba con admiracion creciente.

— Decid, Bella, ¿ no debo obedecer á esa voz que me llama?

— ¡ Ah! ¡ qué bien os sienta ese ardimiento! parece que habeis nacido para la guerra.

— ¿ No me respondeis? si permanezco aquí mientras mis compatriotas vierten su sangre por el triunfo de su causa, quedaré deshonrado para toda mi vida.

— ¿ Y vais á batiros al campo de batalla? repuso Bella como despertando de un sueño. Y si una bala enemiga...

Y cubrió el rostro con sus manos.

— Considerad que de otro modo seré á mis propios

ojos un cobarde, indigno del noble nombre que llevo.
— ¡Oh! no, no; cumplid vuestro deber; yo pediré á Dios que os proteja.

— ¡Gracias, gracias! ¡Sois un ángel! Tranquilizaos, no os olvidaré, os escribiré con frecuencia, y cuando haya cumplido mi deber, volveré á este país donde he sido objeto de los mas nobles cuidados. Quizá lograremos libertar á la Francia, quizá me sea devuelto mi patrimonio; solo de este modo podria recompensaros como mereceis. Ahora volvamos junto á vuestro padre, amiga mia, y ayudadme á hacerle comprender que obedezco á una ley imperiosa. Quisiera partir esta misma tarde.

La jóven guardó silencio, reunió el ganado que habia llevado a pacer y le encaminó hacia su morada lentamente con la cabeza caída sobre el pecho, y víctima del mayor desaliento.

M. de Milval, al ver que los ojos de la jóven estaban llenos de lágrimas, exclamó:

— Por favor, Bella, no me hagais mas dolorosa nuestra separacion. Creed que necesito de todo mi valor para dejaros.

— Esta tarde... ¿y vais muy lejos?

— Lo ignoro.

— ¿Vais á partir solo, sin recursos?

— No tal; vos sabeis que el retrato de mi madre está rodeado de brillantes. En la primera ciudad á donde llegue, venderé algunos.

— Y vuestro brazo que aun no está fuerte.



M. Pietri, senador.

— Lo estará para cuando yo tenga que entrar en accion.

La jóven guardó silencio; el dolor oprimia su pecho.

— ¡Pobre niña! exclamó el jóven despues de una pausa. Os falta el valor; reflexionad que somos todos esclavos de la suerte y del deber.

Bella cruzó sus manos y dijo con acento suplicante:
— ¡Pero hoy ya!... Este pensamiento me desgarrá el alma. Concededme una gracia, yo os lo ruego; el médico vendrá dentro de tres dias á examinar vuestro brazo: quedaos hasta entonces.

— ¡Imposible, no lo exijais!

— Yo os bendeciré por esta concesion, y el médico os dirá si sin peligro podeis emprender el viaje.

El jóven reflexionó un instante, y dijo con dolorosa conformidad:

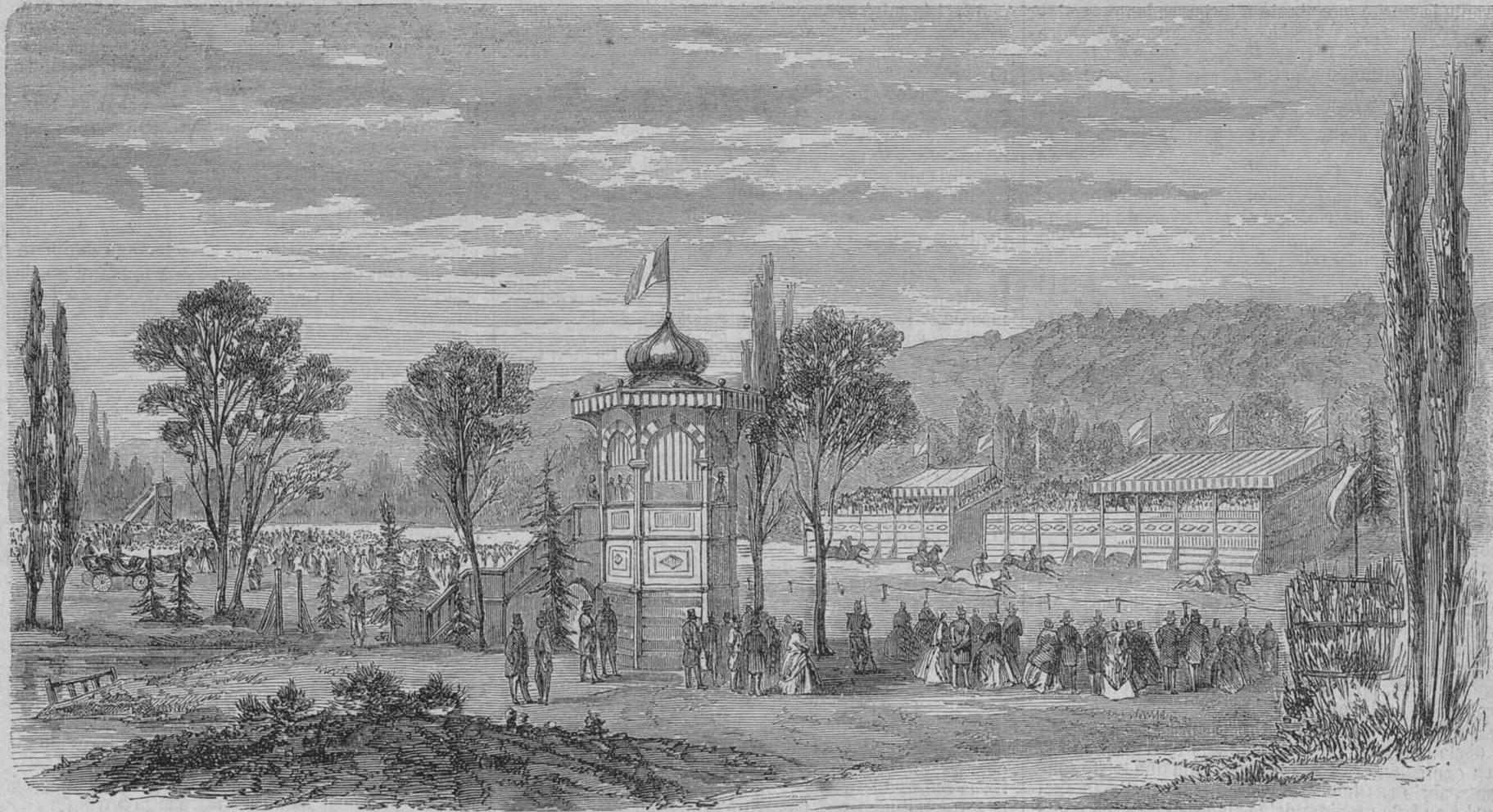
— Tres dias, sea.

— ¡Ah, gracias, gracias! repuso la jóven con emocion.

Durante este diálogo habian subido la pendiente de la montaña, y descendian al otro lado de las dunas.

Apenas los hubo perdido de vista el hombre que observaba, salió sin precaucion á la cima de la montaña. Era Ko el corredor de playa, que creia haber sorprendido un gran secreto.

Examinando el paisaje desde su altura, apercibió de repente al pescador José que se dirigia lentamente hacia Adinkerke por un camino de travesia. Su vista



Primeras carreras de la Marche en 1864.

pareció regocijar á Ko Sael. Reflexionó un momento, y una sonrisa maligna entreabrió sus delgados labios; despues dió un grito de alegría y descendió oblicuamente desde su altura, subiendo apresuradamente á una encrucijada por donde José tenia que pasar. Allí se sentó con aire abatido como un hombre abrumado bajo el peso de un gran dolor.

Acercábase José silbando al sitio en que aguardaba sentado Ko con el rostro oculto entre sus manos.

Cuando apercibió á Ko Sael en esta posicion, se detuvo con asombro, dió algunos pasos hacia él y repuso:

— ¡Eh, Ko! ¿estais enfermo?

El corredor se levantó y dijo con profundo despecho:
— Es cosa de huir del mundo: ni aun aqui le han de dejar á uno llorar sin testigos.

— Por fuerza, si os sentais en el camino, repuso José riendo; es un medio seguro de no estar solo. Pero vamos á ver... ¿qué os aflige?

— ¡Ah! una horrible desgracia nos amenaza á todos.

— ¿De veras? cuando se os ve no puede uno aguardar mas que malas noticias. Sepamos qué ocurre: sed breve.

— Quien quiere ser ciego, verá claro cuando sea tarde, entonces será el decir: ¡Ah! mi buen Ko, si no hubiéramos desoido vuestros consejos, la vergüenza y el dolor no hubieran emponzoñado nuestra vida.

— ¿Qué galimatias estais armando? ¿de quién hablais?

— ¡Pobre Bella! ella pagará por todos.

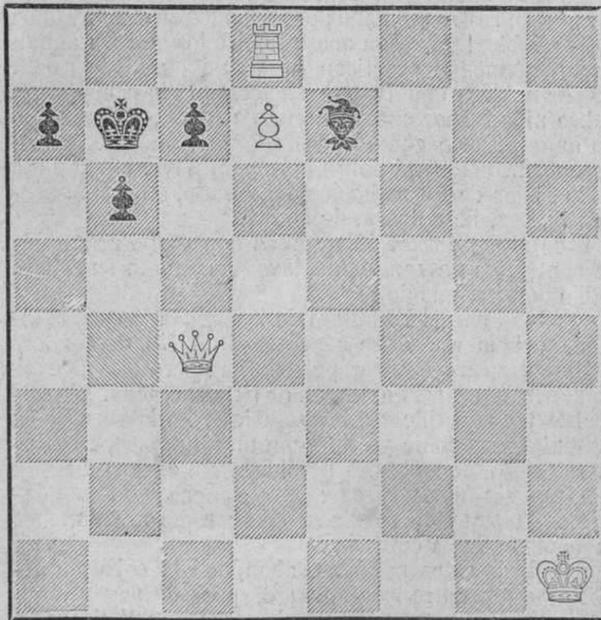
— ¡Ah! ¿mi prima está amenazada de algun peligro?

(Se continuará.)

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NUM. 104, POR UN ANÓNIMO DE LEEDS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

M. Pietri, senador.

En estos últimos dias ha fallecido el senador M. Pietri, que apenas habia cumplido cincuenta y cuatro años. M. Pietri se habia dado á conocer en el foro de Paris, y habia sido sucesivamente comisario en Córcega, diputado en la Asamblea constituyente, prefecto del Ariege y del Alto Garona, prefecto de policia, comisario del gobierno francés para la anexion del condado de Niza, y en fin, habia dirigido la administracion del departamento del Gironda.

A mayor abundamiento fué encargado diferentes veces de misiones importantes y delicadas en las cuales supo justificar la confianza que tenia el emperador en su persona.

M. Pietri ha muerto siendo senador y gran cruz de la Legion de Honor, y sus funerales se celebraron el 4 de marzo en la iglesia de San Luis de Antin. El emperador y la familia imperial, el Senado y las grandes administraciones públicas estaban representados en estas exequias, que tuvieron lugar con toda la pompa ordinaria. El cuerpo, que debe ser sepultado en Córcega, ha quedado depositado provisionalmente en una de las bóvedas de la iglesia.

R. S.

(1) Solucion del número 103.

- 1 P un paso jaque Ra come P
- 2 C 2ª Ra Ra come C
- 3 Ra come Ra jaque-mate.